

LETRAS REGIONALES



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 17

Noviembre 1926

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

José de Orellana. De ahora mismo: La Real Academia Española.—*Santiago Camarasa*. Del Tesoro artístico español: Un homenaje a las piedras viejas (con un grabado).—Postales de Zaragoza (grabados).—Toledo: Pórtico de Santo Domingo el Real (grabado).—Un aspecto de la Mezquita de Córdoba (grabado).—*Federico de Mendizábal*. Sonetos: Córdoba, Claveles.—*José M. Matheu*. La carrera de pobre (cuento).—*Mateo Cladera Palmer*. Cuadros mallorquines: La tragedia de Juan Mezquida.—*Vicente Díez de Tejada*. Acteòn (cuento).—*María Sepúlveda*. La hora de Juan (cuento).—*Constantino Cabal*. Del Folk-lore de Asturias: Jurisprudencia infantil.—*Ignacia de Lara*. Salutación (poesía).—*S. Ramos Almodóvar*. El Ermitaño de Córdoba (conclusión de la novela que empezó a publicarse en Enero.—**Crónicas:** CASTILLA: *Emilio Cornejo Caminero*. Estampas Manchegas.—*Juan del Sol Collazos*. El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos.—BALEARES Y CANARIAS. *Andrés Casanovas Marqués*. Cómo vive la Page-sía.—**Literatos Nuevos:** *Juan M. de las Heras*. Pinacoteca.—*Micaela Mutuberría*. Soldadescas.—*Juan Francisco Logroño*. Exilio.—*Daniel Ortiz*. Velut Umbra. *Fortum-Dat*. Trova.

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, R. Alcover, G. Álvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Pelairea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz...

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...

(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más
caras, y precio inferior a la más
barata de todas las conocidas.

Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones gratis, pidiéndolos al

Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID

Representante para Córdoba
— y su provincia: —

D. Manuel Lama Pérez, Alfaro, 78

TODOS LOS MESES un número de la Revista y un anuncio como éste 12 pesetas al año, precio de la suscripción.	Ricardo Pérez Lassaleta Abogado en ejercicio Avenida Méndez Núñez, 8 ALICANTE	No deje de visitar en sus viajes de turista, La Playa de JAVEA (Alicante) Estación veraniega y uno de los más bellos parajes de la costa levantina	ELECTRO-HARINERA de S. JUAN Risco y Pozo Las mejores harinas de Extremadura Orellana la Vieja (Badajoz)
Platería de Claudio Cortés La casa que vende más barato Especialidad en composturas Platería, 56 Palma Mallorca	BAR ALFONSO XIII Bebidas y licores de las mejores marcas Alcazarquivir (Marruecos)	ENRIQUE SUREDA Felanitx (Baleares) Cintas vegetales Cordones calzado	JOSÉ GONZÁLEZ RODRIGUEZ Villaegre (Avilés) Desea la representación de exportadores, para esta provincia de Oviedo.
Fructuoso Nieto Corraliza COMERCIO Orellana la Vieja (Badajoz)	Laboratorio Calatrava Campanario (Badajoz) Pídase nota de las especialidades	Mueblería "LA INDUSTRIAL" Se remiten muebles a todas partes. Especialidad en telas metálicas. Jesús Cereijo Sánchez. Lugo, Campo de la Feria. Ribade	José Alonso de Celada Farmacéutico Valmaseda (Bilbao)
Fonda de la Estación de Baeza Meriendas para viaje, Camas para viajeros Davant Hermanos	Hotel Restaurant "SAEZ" Estación de Baeza	El Centro de la Abadía Tejidos, Paquetería, Coloniales y Harinas al por mayor y menor Hijo de Pedro Delgado Burgohondo. Avila	RAMÓN TEJADA SUAREZ MERCERÍA Plaza Sagasta, n.º 4 Cazorla (Jaén)
En preparación "El eterno sofisma" novela de J. León Domínguez Esteban	Ant.º Pérez Murillo Representaciones Zalamea de la Serena (Badajoz)	Madrina de guerra solicita Inocente Fernández Ordoñez Sargento del 3.er Tabor Harka de Tetuan. Aixdir	Carnecería "La Española" Carnes de vaca y cerdo de 1.ª Embutidos Alfonso Fernández Alcazarquivir (Marruecos)
Mariano Sánchez Antolínez Destilería de aceites esenciales Representaciones Tabernas (Almería)	M. GARCIA Centro de Representaciones Fábrica de medias y calcetines "ARIADNA" Tabernas (Almería)	Juan Rueda Calatrava Armería efectos de caza y explosivos Tabernas (Almería)	José Fábrega Muñoz Depósito de Bencina marca "lavileño" LOS YESOS Tabernas (Almería)
Fábrica de Muebles de Francisco Barrios Real, 17. - Valdepeñas Exportación a Provincias	ACADEMIA MAZAS INGENIEROS - ARQUITECTOS (Internado especial) Pídanse Reglamentos Valverde, núm. 22. - MADRID	LA INDUSTRIAL Antonio González Estrada Carpintería mecánica Se facilitan presupuestos P. del Teatro Alfonso XIII Alcazarquivir (Marruecos)	
MIGUEL DE VERA Agente Comercial y de Seguros Generales en Guadalajara y su Provincia. Sucursales en Madrid y Pastrana CHILOECHES (Guadalajara)	FÁBRICA DE SOMMIERS de Aurelio Hurtado Buensuceso, 11. - Valdepeñas Exportación a Provincias	"FINO CRIADO" José Criado Pino Aguilar (Córdoba)	BAZAR ALBA Ampliaciones en semi-esmalte y bromuro TANGER
¡YA SALIÓ! "Villalta el triunfador" Magnífico pasodoble dedicado al diestro aragonés. Lujosísima edición para canto y piano. Magnífica portada. El último éxito musical registrado en España. Pedidos directamente a los autores: Fernando Luna, Fuenclara 2, ó Emilio Sáez, Cádiz, 3, Zaragoza.			
Antonio Alba Frías Taller de mármoles, Co-fres, lápidas y piedras hebraicas. Calle de Fez Tánger	BAR EL "9" Bebidas y licores de las mejores marcas Tapas variadas Alcazarquivir (Marruecos)	Pablo Pérez de la Encina Agente de Seguros Comisiones y Representaciones Albares (Guadalajara)	Ignacio Gil Hoyos Sastrería y Confecciones Cáceres
¿Quiere V. librarse de los terribles días sin pan en la vejez? Suscríbese en Los Previsores del Porvenir Madrid, Av. Peñalver, 22 Sucursal en todas partes.	Hotel, Café y Restaurant BURGUÑO Calefacción en todas las habitaciones Peñaranda (Salamanca)	Francisco Cabrera Barbería El Gastor (Cádiz)	EL SIGLO - Tejidos Viuda de B. Cepas Paquetería, Ferretería y Coloniales Marchena (Sevilla)
Viuda de Manuel Benito Ultramarinos, Tejidos, Paquetería al por mayor Automóviles de alquiler Puebla de Yeltes (Salamanca)	Desiderio B. Díez MÉDICO Olmedo de Camaces (Salamanca)	Francisco García Comisionista matriculado Cartaya (Huelva)	Sastrería Eclesiástica de Severino Agreda Calle de Ruiz Zorrilla, 10 Burgo de Osma

RELOJES BARAS Barbastro (Aragón)	TROUPE VERCHI Variedades Para detalles y contratos, dirijanse a Linares 15 E L D A Alicante	CAFÉS BAREA Torrefacción moderna MARTOS (Jaén)	Madrina de guerra solicita el sargento Juan Torres. — Batallón Cazadores Africa n.º 2, primera Comp.ª - Larache.
JUAN ANT.º G SALMERÓN admite representaciones con especialidad Licores y Aguardientes San Antón, 7 Manzanares (Ciudad Real)	Fábrica de capachos de fibra de coco para Prensas Hidráulicas pedidos a José M.ª Juliá Albaida (Valencia)	Los mejores Vinos de Mesa y Aceites refinados Viuda de Becerro Montánchez-Cáceres	Fábrica de Tejidos de Lana José Ruiz Lobato G r a z a l e m a
Fábrica de Albarcas en todos tipos y clases Urbano Sánchez Ibáñez	«Las Villas de un Maestro» Novelas por Juan M. Borás Jarque precio 3 pesetas Librería Viuda Ballester Castellón	Sellos para colecciones Venta-compra cambio Vda. Beneitez-Tuy	Máquinas de coser Wertheim Rápida, Castell y Massot Santo Domingo, 10 Palma de Mallorca
Antonio José Cebrián Romanas y Básculas El Salobral (Albacete)	FABRICA DE CHOCOLATE Andrés Guerrero González Grazalema (Cádiz) Remitid en sellos de correos o giro postal ptas. 4'50 y recibireis una muestra de 4 pastillas de exquisito chocolate de 185 gramos cada una. Se sirve a reembolso.		EL SOL Fábrica de Jabón de Filemón San Román Vega Manganeses Lampreana (Zamora)
LA PANACEA Fábrica de Harinas de Fortunato Alonso Manganeses Lampreana (Zamora)	LA AURORA Molino harinero. Almacén de abonos minerales y de cereales, de Clemente Alonso Manganeses Lampreana (Zamora)	Fábrica de ladrillos, tubería y cerámica en general Sucesores H. Engerer Alcazarquivir (Marruecos)	CASA TORAL Novedades Zapatería y artículos de regalo Alcazarquivir (Marruecos)
Fábrica de ladrillos de todas clases de Antonio Jiménez Alfarería, 87 Sevilla	Miguel Martínez Lodeiro admite Representaciones Carretera de Berango, 4-2.º Algorta Vizcaya	Solicita Madrina de Guerra Manuel Pineda Isaac Sargento de Artillería C.ª Art.ª 1.ª B.ª Alhucemas (Marruecos)	¿Deseais propagar vuestros articulos por la Zona de Protectorado Español en Marruecos? Dirijanse a Ramón Ulzurrum Agencia de Representaciones Alcazarquivir (Marruecos)
Central Eléctrica de Damián Juncadella Molinería y Aserradora Venta de tablillas para toda clase de envases Sta. Maria (Mallorca)	José Vázquez Rivada solicita Representaciones para toda la Región gallega Puente Mayor Orense	CUEVAS DE ARTA (Baleares) A muy corta distancia de las Cuevas, tiene establecido el Guía servicio Restaurant Variedad en vinos, licores.	
Gran Salón de Peluquería de Rafael González Sandoval Plaza de Topete, 4-Cádiz	«LA POPULAR» Angel Pérez Palacio Comestibles y Hospedaje Pérez Crespo, 49 Sta. Colomba de Somoza. León	Fonda Dorado Comodidad e Higiene Antonio Molina Saboiso Grazalema Cádiz	Emiliano Mayoral Representaciones Trillo Guadalajara Acepto representaciones de todas clases

LEED LAS OBRAS DE
MATEO CLADERA PALMER

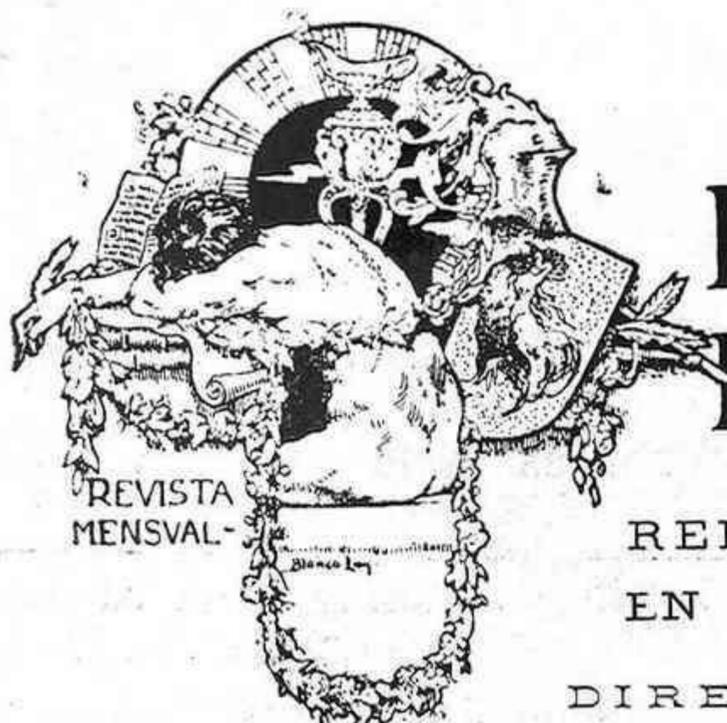
“EL VALOR MORAL DEL HOMBRE”

Y

“LA LIBERTAD DE ESPÍRITU”

Pedidos al autor

PALMA DE MALLORCA



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Noviembre de 1926

Núm. 17

DE AHORA MISMO

LA ACADEMIA ESPAÑOLA

SE ha publicado el importantísimo Decreto; la Real Academia de la Lengua Española da entrada a nuevos académicos de las Lenguas Regionales de España, en su morada severa y adusta, un poco fría de entusiasmos, un poco reacia a los empujes de la novedad arrolladora, como corresponde a la Entidad venerable y gloriosa. Ha sido un gesto de gran señor que, con algo de reserva, cohibido ante los resplandores del sol, abre los balcones en la mañana espléndida de libres y potentes claridades. Bello ademán hidalgo, muy español. Entre las páginas amarillentas del Diccionario respetable, rutilarán fulgores jóvenes, henchidos de calor de sementera. La Real Academia será más española y más vibrante y encendida. Ventrán a ella manos de mujer primorosas y adorables. Y por los abiertos balcones, entrarán ráfagas de serranía pomposa, llenas de vigor y de dulce armonía renovada.

Josè de Orellana

UN HOMENAJE A LAS PIEDRAS VIEJAS

POR SANTIAGO CAMARASA

BURGOS, la hermosa capital castellana, en su espléndido pasado, Cabeza de Castilla y Cámara de sus Reyes, guardadora de soberbios monumentos de entonces, va a dedicar el mejor homenaje a su maravillosa Catedral, una de las más bonitas de España y quizás del mundo. A su templo catedralicio, templo también del arte gótico, en su mayor esplendor.

Ha poco tiempo, la noticia del peligro que amenazaba a las torres de la exquisita joya burgalesa, las torres gemelas, verdaderas filigranas de piedra, orgullo de la arquitectura gótica española, que se deben al notable artista Juan de Colonia y a los ilustres obispos Don Alonso de Cartagena y su sucesor don Luís de Acuña, que las costearon; emocionó profundamente no sólo a los suyos, si no a todos los españoles que saben del verdadero valor de su patrimonio artístico, y le respetan y le veneran sin preferencias ni distinción de regiones: todo es de España.

La sublime Catedral que fundara el santo Rey Don Fernando III, para cuya erección cedió sus palacios, colocando la primera piedra en el año 1221, con su buen obispo Don Mauricio; el maravilloso recinto que atesora entre otras muchas joyas, el tan bellissimo crucero de tipo singularísimo, por la exquisita torre que le cubre a manera

de cimborrio, y la hermosísima capilla de los Condestables de Castilla Don Pedro Hernández de Velasco y su esposa Doña Mencía de Mendoza, Condesa de Haro, no podía perder las torres de su fachada principal, el encaje de piedra que tan idealmente remata obra de arte tan perfecta.

Con Burgos, España entera se interesó unánimemente por esta gravísima amenaza, que había que evitar; toda la prensa dió la voz de alarma, y el gobierno afectado también por ello y recogiendo el clamor de la opinión general, se interesó como correspondía, afrontando urgentemente la reparación y restauración que precisaba.

Hechos los estudios técnicos con la debida garantía, atendida la parte económica en la cifra precisa, Burgos recuperará la tranquilidad perdida, y con Burgos toda España, que sentía caer sobre ella, como valdón vergonzoso, las piedras de esas agujas tan maravillosas, que en exquisita ofrenda del hombre al cielo, hacia él elévanse altaneras, decididas, casi un centenar de metros—miden 84—destacando más y más, en la inmensidad de la altura, su delicadísima belleza, su inaudita finura.

España rinde con esta restauración, el mejor homenaje a sus piedras viejas, a esas admirables piedras, tan prodigadas en todas las capitales y en todos los pueblos, que constituyen su te-

soro, su gran tesoro artístico e histórico, sin igual en todo el mundo.

Ninguna pleitesía mejor que esta, de prolongar la vida; ¿hay algo más grato, ni más hermoso, que la vida, aún para los que reniegan de ella?

¿Hay algo más sublime, más lógicamente humano que defender, que conservar lo bello?

Las torres de la Catedral de Burgos, salvadas, son el mejor homenaje que se podía rendir a este hermosísimo templo; homenaje que el Gobierno con-

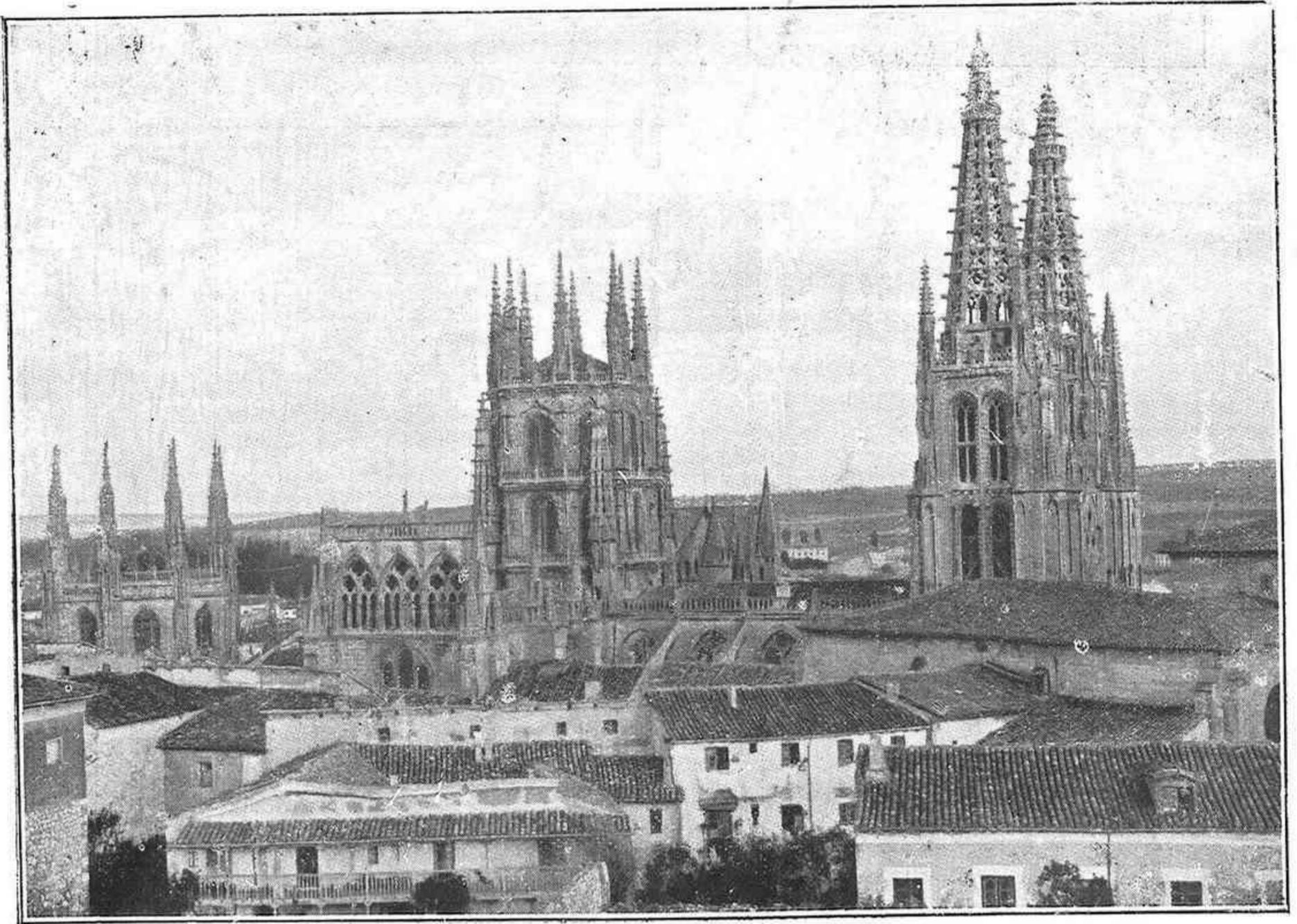
tinuará para otros muchos monumentos españoles, que no pueden ni deben abandonarse.

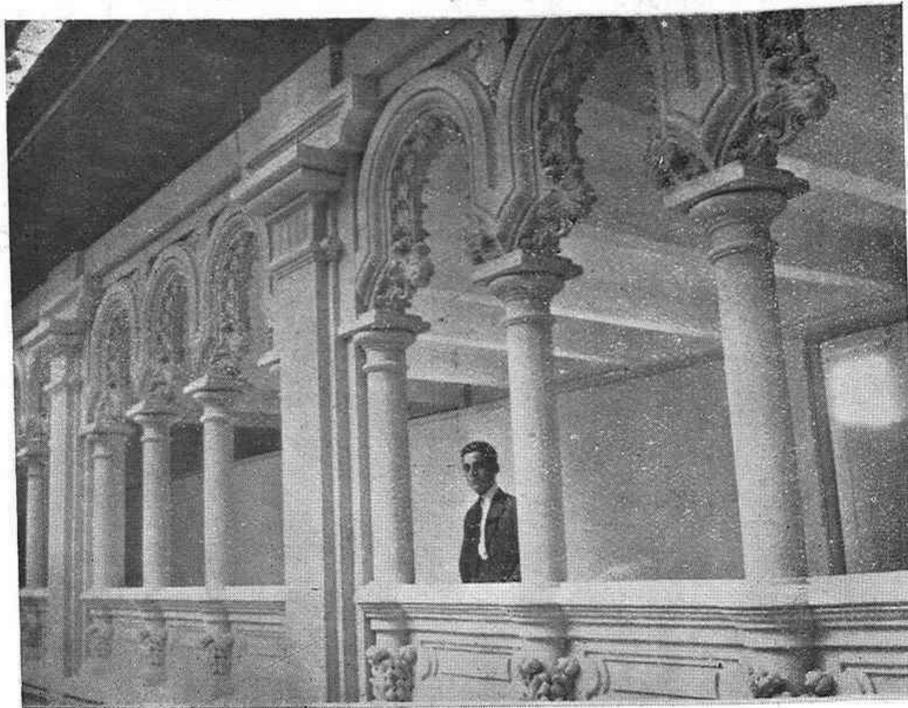
Veneremos estas reliquias; conservémoslas sobre todas las cosas porque son ellas nuestro más preclaro patrimonio, el valor más significado de la grandiosa España.

Santiago Camarasa

Toledo—Noviembre—1926.

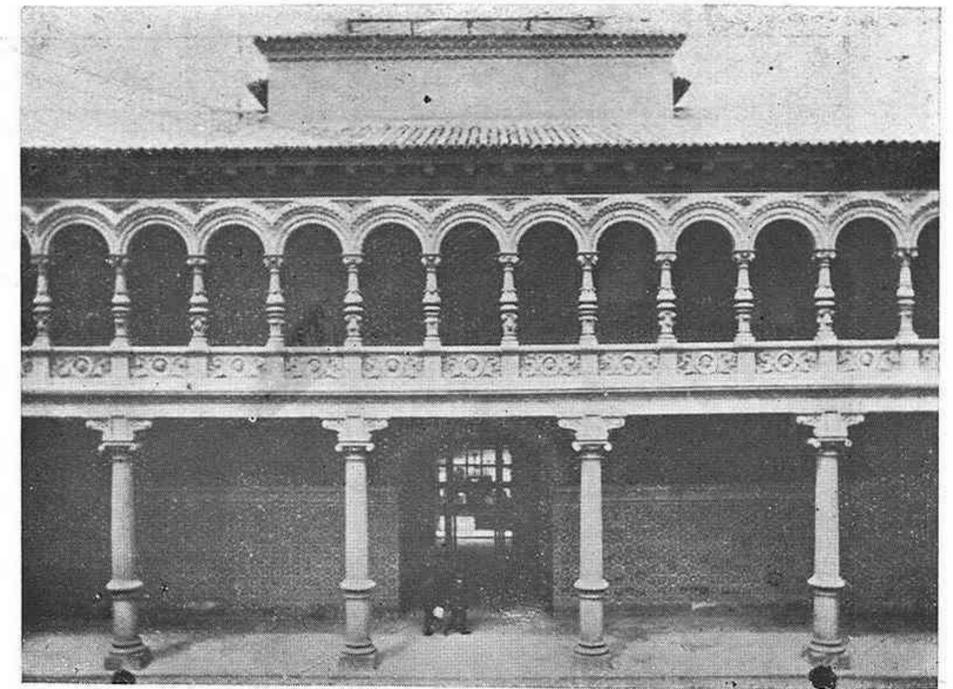
Foto: Revista «Toledo».





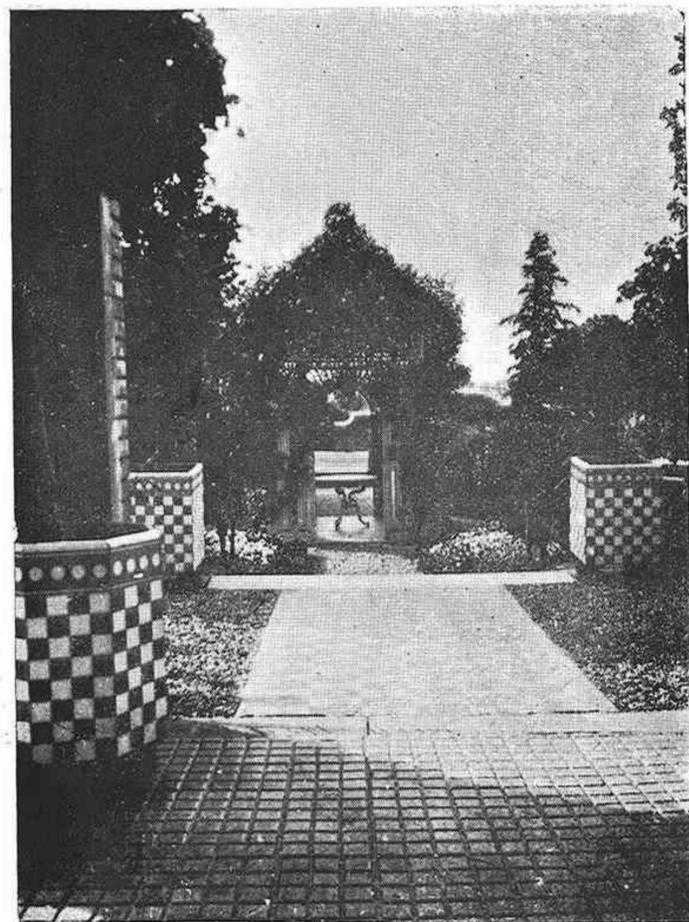
POSTALES DE ZARAGOZA

UNA DE LAS
HERMOSAS
Y ARTÍSTICAS
GALERÍAS DE LA
NUEVA CENTRAL
DE CORREOS
Y TELÉGRAFOS

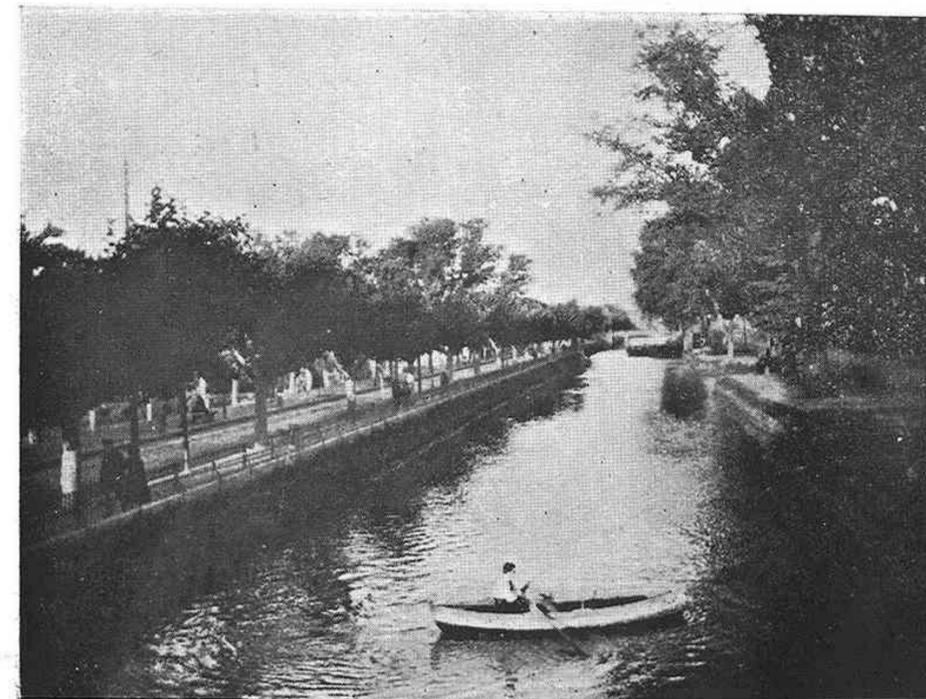


PATIO
Y GALERÍA
DEL
MUSEO PROVINCIAL

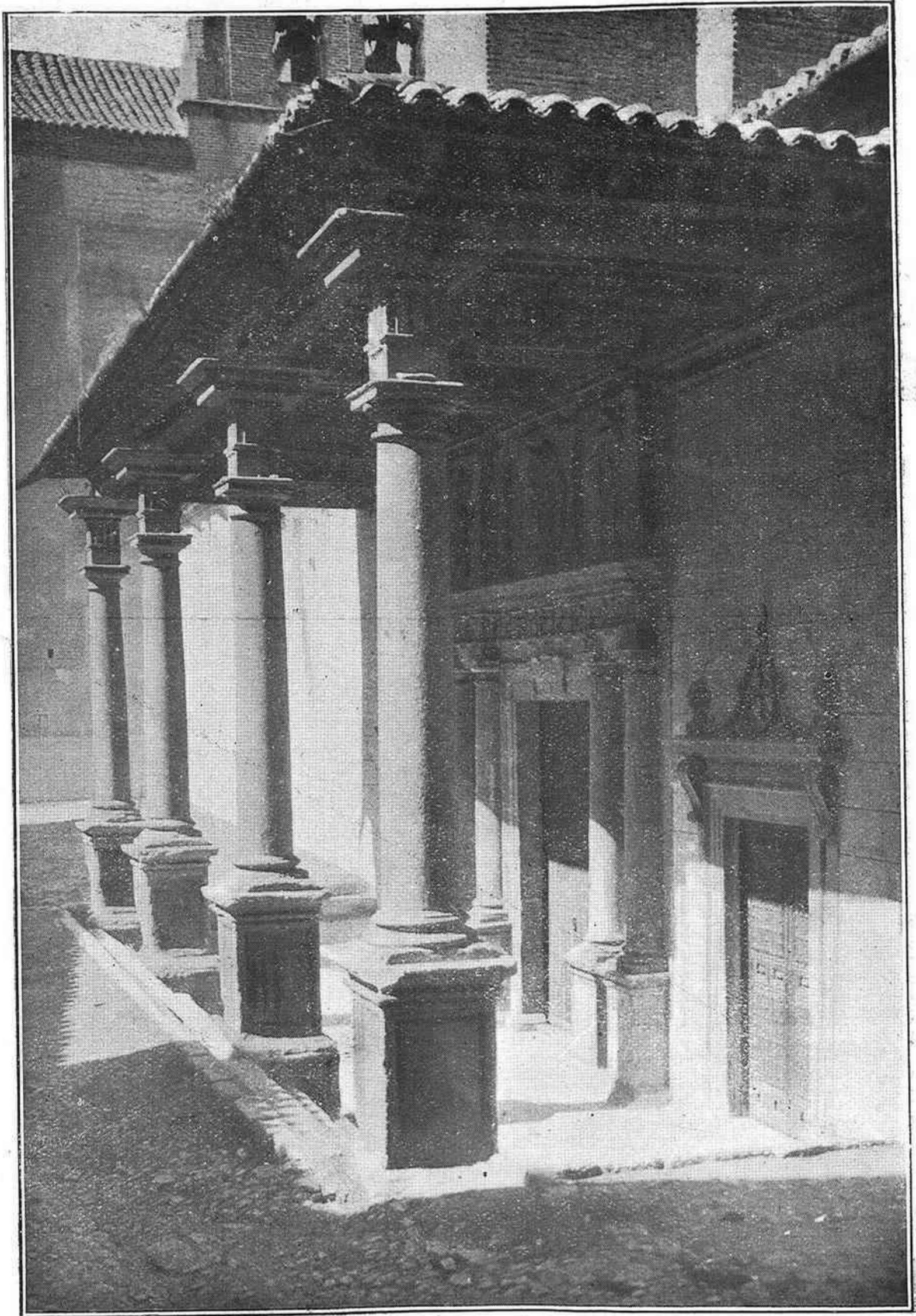
UN HERMOSO JARDÍN



Fotografías: Luna

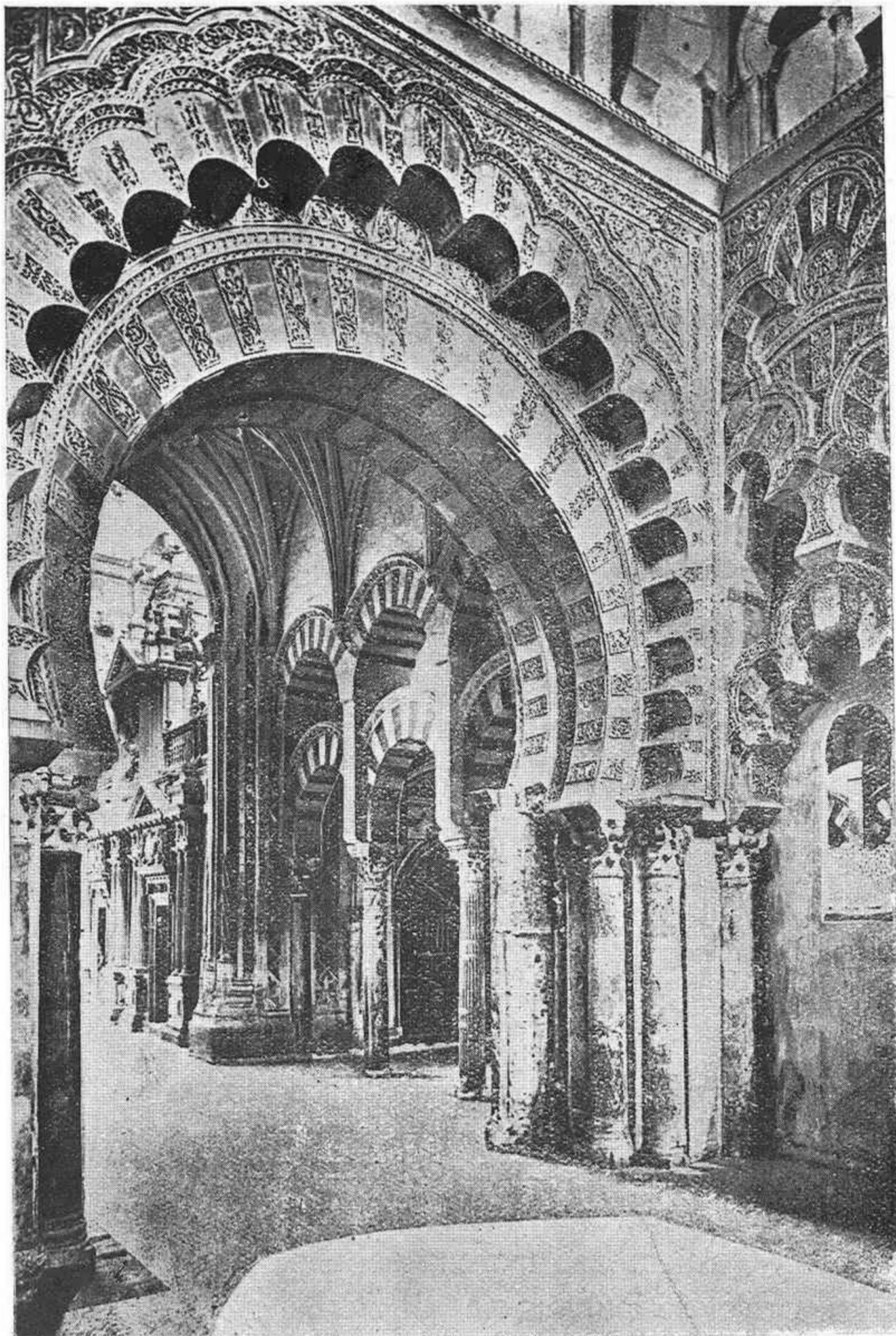


VISTA PARCIAL
DEL
CANAL IMPERIAL
DE ARAGÓN



TOLEDO: PÓRTICO DE SANTO DOMINGO EL REAL

Foto: Revista «Toledo»



UN ASPECTO DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

SONETOS

CÓRDOBA

Entre ambientes y cielos Islamitas;
abrasada de un sol rojo y ardiente,
duerme a un arrullo trágico y doliente,
la Ciudad del Coram y las Mezquitas!

Las sultanas aquí son infinitas,
y sus ojos de magia del Oriente,
son, cual noches de luz resplandeciente,
Profetas de unas razas inauditas!

Sus acordes y cantos, entristecen...
Y la mirada, rauda y triste, vaga
buscando los triunfales torreones...

Y cuando las estrellas aparecen
¡miro muerto el Islam a su luz maga
y escucho el llanto cruel de los Santones!

CLAVELES

Quisiera ser madroño de tu mantilla...
castañuela en tus manos; luz en tus ojos...
y suspiro rasgando tus labios rojos,
¡y en tu patio florido, sol de Sevilla!

Quisiera ser peineta sobre tu pelo
y zapato de raso bajo tu falda...
y un ardiente pedazo del claro cielo
que corona la torre de la Giralda.

Quisiera ser, morena del alma mía,
clavel de los vergeles de Andalucía...
para preso en tus manos, con ansia loca,
entre blondas y encajes hallar mi lecho,
al bajar ya sin vida, desde tu boca,
¡a morir deshojado sobre tu pecho!...

LA CARRERA DE POBRE

POR JOSE M. MATHEU

UN mísero escribiente de los que ruedan por las Notarías, recibió de su Jefe el encargo de llevar a la platería una monedilla de oro, que debía unirse a la pulsera que allí tenía la señora del susodicho. Al cruzar una de las vías próximas a San Ginés, oyó la voz de un mendigo, grueso y algo belludo que repetía la frase: «Al pobrecito ciego». Con la esperanza de una propineja iba contento el tal escribiente, llamado Ubaldo, y echando mano al bolsillo depositó en la del ciego la consabida limosna.

Entrando diez minutos después en la platería, ya en presencia del dueño, quedóse perplejo y mudo por no hallar en ninguno de sus bolsillos la preciada monedilla. Recordó al momento lo que poco antes había dado al ciego y apretando el paso llegó a la calle donde se hallaba el mendigo. Nueva contrariedad. Ya no se hallaba en la esquina.

Volvió a la siguiente tarde. Sin duda por ser un día frío y lluvioso, de los primeros de Diciembre, el pobrecito ciego se hallaba ausente.

De pronto, vínole a las mientes que en aquella misma calle, vivía una tal Gregoria, antigua cocinera y muy amiga de su madre, y actualmente portera. Entró, en efecto, en el portal ya conocido y saludó a la mujer muy expresivo: «¿Cómo va por estos barrios? Y dígame Gregoria, conoce a un ciego feote que pide aquí cerquita? por que...» y le

contó su percance. ¡Vaya si lo conocía! Moraba el tal ciego en el callejón del Alamillo y tenía tres chavalas que iban a coser por las tiendas y además... Pero oyendo el número y la calle no quiso escuchar más Ubaldo y salió escapado a la calle. A buen paso se encaminó a la de Fuencarral para llegar lo antes posible a la citada del Alamillo. Subió a la casa y preguntó a una joven muy peripuesta que salió a abrir, si vivía allí un ciego que...

—No, señor, aquí no vive ningún ciego, le contestó la joven secamente.

Recordó entonces que la portera le hubo de indicar que el tal ciego veía un poco, se llamaba Ciriaco y era gente escamona. Tornó por lo tanto a subir al cuarto y a preguntar por el señor Ciriaco. Aparecieron al punto dos muchachas bastante agraciadas y de buenas carnes. Tras ellas, apoyado en su garrota, haciendo el ciego completo y recogidas las melenas se presentó el señor Ciriaco.

Enterado del objeto que traía el visitante, mandó a una de sus hijas que sacase la bolsa del lunes, donde debía hallarse intacta todavía la suspirada monedilla.

A poco volvió aquélla con una bolsita de cuero que y vaciada sobre la mesa del comedor, se vió brillar al instante, entre otras muchas de cobre, la moneda de oro.

—¡Lo ve usted?—dijo el ciego con

insinuante dulzura.—Nadie la había tocado, porque pobres seremos, pero a honraos nadie nos gana.

—Lo creo—afirmó Ubaldo que observaba lo decente del tugurio y el buen olor que salía de la cocina.

—Hay mucha caridad en estos Madriles.

—Y dígame, señor Ciriaco, aunque sea esto pecar de curioso y entrometido, teniendo dos hijas talluditas que ganarán su jornal ¿cómo se aviene a estar las horas enteras en aquella esquina, con frios y humedades, a costa de su pellejo que no será de cordobán?

—Por la costumbre, señor, y la pura necesidad.

—Me parece, señor Ciriaco, que usted se escurre...

—Créame por mi salud que somos pobres. Mire, la desgracia fué que mi mujer, que era una liosa y una mala hembra, se me escapó con un cierto individuo y me dejó cuatro criaturas que parecían cuatro gatos, salvo la comparación. Pues diga usted, ¿qué iba a hacer un hombre de mi honradez, sin vista y con cuatro angelillos? Pues... pedir una limosna. Y digo por no mentir, que no nos falta un mísero cocido, un panecillo y agua clara, porque el vino no lo catamos.

—No está eso mal—expresó el escribiente.

—Y ahora con su permiso...

Dió la casualidad de que al dirigirse

a la puerta, entraba la tercera hijita, de unos doce abriles, con dos botellas de vino en los brazos.

Volvióse Ubaldo al ciego y le dijo sonriendo:—Señor Ciriaco, algún día habrá que celebrar su santo; lo digo por esas botellas de vino que le traen, y que usted no ha de beber.

—Son para la abuela, caballero—repuso la mayor de las hijas.

—Una boca más, señor—murmuró el ciego con doliente voz.

Impresionado sin duda Ubaldo por lo que hubo de ver y oír en casa de Ciriaco, apenas llegó a la presencia de su madre, le dijo resueltamente:

—Desde mañana me hago pobre de pedir limosna. Es un oficio como otro cualquiera.

—Pero, hijo—, exclamó su madre asombradísima—tú no estás bien de la cabeza.

—Lo que usted oye, madre. Y usted lo ha de ver, que gano mucho más con pedir que lo que me da esa gente de pluma. Ya soy bastante miope. Con unas gafas que me ponga de cristal oscuro, ciego por completo.

Y el viejo amigo que me refirió esta historia, añadió por vía de comentario: «En este pobre y desvencijado país pasan cosas tan representativas y pintorescas... Pues esto que parece un cuento, fué una realidad».

José M. Matheu

CUADROS MALLORQUINES

LA TRAGEDIA DE JUAN MEZQUIDA

POR MATEO CLADERA PALMER

(CUENTO)

I

JUAN Mezquida era un emigrado, uno de esos hombres que su tierra natal expulsa a los grandes centros comerciales o agrícolas.

Mezquida a los tres años de haberse casado partió para la América. La despedida fué emocionante.

—Juan, no olvides que dejas en Mallorca a una mujer y un niño. Ya sabes cuanto te queremos. Escribe mucho, mucho.

—Os quiero a todos, María; siempre pensaré en vosotros. Cuida de que a Rafaelito no le falte nada.

Y aquellos dos seres, que para hacer frente a la vida iban a separarse, eran presa del dolor sincero sin egoísmo.

—Deja que bese a mi hijo.

—Duerme el pobrecito.

—Es terrible tener que abandonaros —dijo con ternura Mezquida. Sus ojos se empañaron de lágrimas. Y lloró por primera vez, acercándose a la cama de su hijito al que besó tan apasionadamente que le despertó.

—¡Papá!

—¡Hijo mío!

—¡Papaíto!

—¡Te quiero mucho!

Y la criaturita alargaba sus bracitos para abrazarle.

Juan lo estrechó contra su pecho.

—Esto es terrible—gritó Mezquida sin darse cuenta.

Retrocedió, cogió la maleta que estaba junto a la puerta y sin abrazar a su esposa corrió hacia el campo.

María abrazada a su hijo lloraba, lloraba...

II

Juan en América vivía como un topo en el hueco de una cantera abandonada. ¡Qué poco le bastaba para vivir! ¡Qué inútiles son las comodidades! —pensaba para sí.

Su *cuarto*, como él le llamaba, gozaba de una limpieza extremada. La cama adosada al fondo estaba sostenida por dos barrotes de hierro empotrados en la pared y unidos por una tela de algodón resistente que sostenía un colchón de paja sobre el cual mostraban su blancura dos sábados de *fil cru* tan característico en la pagesía de Mallorca. A la izquierda estaba la cocina constituida por un fogón portátil de barro. En un rincón había los utensilios de trabajo y sus ropas, y del techo pendían un cántaro de arcilla roja y una luz de aceite. Esa era la casa de Juan Mezquida.

Trabajaba a destajo en las labores del campo y ganaba lo suficiente para ahorrar algo y aun mandar cincuenta pesos a su esposa todos los meses. Mezquida desconocía esos vicios que generalmente tienen los hombres que viven apartados de su propia familia. Cuando iba a la capital a depositar en

el Banco sus ahorrillos y girar a María sus cincuenta pesos, no se entretenía a comer en ningún bodegón de esos que existen en las barriadas pobres que sirven por medio peso un plato de verdura, otro de carne, pan y mal vino. El pasaba con menos. Comía una rebanada de pan y un pedazo de queso junto a una fuente pública en donde saciaba su sed.

Atravesaba la capital mirando con indiferencia la vida moderna.

—¡Y todo eso para qué!--exclamaba.

Y sonreía satisfecho de su felicidad. Entonces más gozoso que nunca regresaba a su *modesta casita* en donde encontraba a su fiel perro *Llop* que ladraba al oírle de lejos y le lamía las manos a su llegada.

—¡Qué más necesitaba Mezquida! Recibía cada correo noticias de su esposa y de su querido Rafael y besaba con delirio aquel papel mal escrito que seguramente ya habían besado su María y su pequeñuelo.

Mezquida luego recordaba a su querido pueblo con su vieja iglesia rodeada de árboles frondosos y de *rusties pedrissos*.

Añoraba el *Calvario*, montecillo junto a las últimas casas, que se eleva humilde para terminar en una ermita tosca con sus típicos cipreses en el patio, adornado de madreselvas y rosales trepadores que sombrean una *cisterna* de agua fresca, saludable y hasta, según la creencia popular, milagrosa. Más allá hay las montañas que encierran las velludas ovejas que pacen al son el clásico *fabiol* del pastor cubierto con *pellissa* y que calza toscos zapatos sembrados de clavos de relu-

ciente cachiporra. Luego en el fondo, el mar y el gigante Gabatxó que parece desafiar a las nubes. ¡Oh, recuerdos queridos de la isla adorada, de la *benrolguda* Mallorca!

Mezquida con este dulce soñar era feliz y amaba la vida, lo amaba todo y daba gracias a Dios que le colmaba de tantos dones.

—¿Qué importa haber de trabajar? —se decía. ¡Bah! Luego seré feliz en mi tierra con mi esposa y con mi hijo. Y silbaba alguna canción montañesa impregnada de melancolía.

Pero un día recibió una carta que le llenó de tristeza. Su hijo estaba muy enfermo. Sin embargo, María le aconsejaba que no deseara: «*Tal vez con la ayuda de Dios...*»

III

Mezquida salió para Europa en el correo siguiente, después de haber estado ausente de Mallorca cuatro años.

Era el mes de Diciembre. Aquella noche hubo un temporal espantoso, cosa que no había sucedido en todo su viaje por el Atlántico. El vapor no pudo echar anclas hasta las cinco de la tarde en el muelle de Palma. Mezquida sobre cubierta tenía la vista fija en el horizonte ya velado por las primeras sombras de la noche y veía confusamente la silueta de la catedral. Para todo mallorquín constituye una alegría vislumbrar algo que le sea familiar después de una larga ausencia de su *querida roqueta*.

La catedral es, pues, la verdadera amiga que anticipa su sonrisa al que torna a su pequeña patria. Aquellos dos torreones hechos de encaje forman parte de las cosas queridas y propias.

y su presencia tiene el don de hacer palpar apresuradamente el corazón de todo hijo de Mallorca. Hasta parece al enamorado isleño, que el mar es más azul, más profundamente azul que los otros mares, y que el cielo es más puro que los otros cielos.

Mezquida, embargado de emoción, saltó a tierra, cargó su pequeña maleta sobre sus hombros, atravesó el muelle, la ronda, tomó el camino del cementerio, siguió el camino de *La garriga rrasa*, hasta llegar a la carretera de Puig-puñet por la cual siguió hasta llegar a su pueblecito, que distaba veinte kilómetros del puerto de Palma.

En dos horas, casi estaba ya al lado de su esposa y su hijito. ¡Cómo sufría aquél abnegado hombre! ¿Estará bien mi Rafaelito?—se preguntaba a sí mismo.—Y para darse una esperanza contestaba: ¡Indudablemente! Luego, continuaba su monólogo: «He cometido una ligereza viniendo a mi pueblo».

Corría más bien que caminaba, salvando todos los obstáculos que se le presentaban por los atajos. Ah, quería llegar cuanto antes!

En el camino encontró a un lugareño que iba al pueblo inmediato.

—¿Sabes si María *sa Rossa* tiene un hijo enfermo?—preguntóle Juan.

—¡Ola, eres tú, *companyó!*

—Contesta, hombre.

—No sé si está enfermo tu hijo; pero te puedo asegurar que no ha muerto porque de eso se habría hablado.

—Gracias—contestó Mezquida.

—Date prisa, Juan, que en tu casa *encontrarás visitas*—y recargó estas dos palabras.

Mezquida, tiene corazón para to-

do. Y quedó parado como un estúpido, pues no había comprendido bien la indirecta del campesino.

Continuó su camino. Hacía un frío intenso; mas por su frente resbalaban continuas gotas de sudor. Jadeante, agotado, cayó al suelo, y así continuó algún tiempo.

El viento soplaba con furia, las nubes rodaban amenazadoras en lo alto del cielo plumizo. La claridad momentánea de los relámpagos, permitían distinguir allá lejos, detrás del torrente sonoro que cruzaba el pueblo, una casita de aspecto humilde.

Eran ya las ocho de la noche. Mezquida, volvió a seguir su camino, y confusamente divisó la línea blanquecina del camino. Luego presentóse ante su vista un espectáculo trágico: Un entierro pasaba en dirección contraria a la suya; pero aún estaba lejos. Las llamaradas que despedían las *fayes* empapadas de alquitrán, parecían lenguas giratorias de un fuego verde, rojo y sangriento. La triste comitiva iba al cementerio de Son Brú. Abrían camino dos hombres que levantaban en alto dos *fayes*, seguidos de otros cuatro que llevaban un ataúd; a continuación, iba una multitud de sombras que más que personas parecían fantasmas. Tras este macabro cortejo, un hombre rezaba en voz fuerte, contestándole todo el acompañamiento.

Juan quedó helado de espanto. Pensó en su hijo, y balbuceó algunas palabras ininteligibles, corriendo un escalofrío por todo su cuerpo. Su cara tomó un aspecto siniestro.

IV

El *americano* llegó por fin a la puerta de su casa. Iba a llamar cuando oyó dentro una voz de hombre. Quedó inmóvil y como petrificado. Escuchó atentamente y quedó convencido que la voz de un hombre y la de su esposa salían del dormitorio. ¿Quién podrá ser que a estas horas esté en casa? Ella no tiene familia... tal vez sea el médico, pensó.

Y esperó largo rato. Nadie salía. Mezquida atravesaba momentos crueles; su cabeza era un volcán...

Le vinieron luego a la memoria las palabras de aquel payés: «en tu casa encontrarás visitas».

—¡Ah!—exclamó henchido de furor: ¡Soy el juguete de esa mujer! ¡Y es cosa pública! ¡Soy la risa de los vecinos!

Llamó con fuerza a la ventana que daba al dormitorio, gritando:

—¡María, María, abre!

Su esposa abrió en seguida. Juan descubrió en el fondo de la habitación su cama, su propia cama ocupada por un hombre.

—¡Ah, mala mujer!—exclamó presa de espanto.

Saltó como un tigre por la ventana y, con el garrote, antes de que su esposa pudiera detenerle, descargó un terrible golpe en la cabeza del imaginado rival.

El hombre de la cama lanzó un grito confuso.

Esta escena fué obra de medio minuto.

María, loca de terror sólo tuvo fuerzas para decir estas palabras:

—Has matado a tu padre. ¡Asesino!

V

(EPÍLOGO)

He aquí lo que decía la carta que se cruzó con Juan, camino de América, la cual, de haber llegado a manos de su destinatario, hubiera evitado un crimen.

«Querido Juan: Rafaelito sigue mejor y el médico me ha dicho que pronto podrá levantarse y le permitirá comer un poco.

»Estoy muy contenta, pues tu padre ha salido del manicomio de Jesús completamente bueno de su padecimiento. No sabe que hacerse por Rafaelito y juega con él todo el día. En vez de un niño tengo dos, porque tu padre se ha vuelto niño. Pero está algo enfermo y necesita mucho cuidado. Estoy muy contenta, Juan, por la alegría que recibirás al leer estas líneas.

»Rafaelito te manda una estampita del Santo Cristo de la Sangre, llena de besos, y te ruega la coloques en la cabecera de tu cama y que le reces todas las noches.

»Tu padre te suplica que vuelvas a Mallorca porque desea verte antes de morir.

»Yo sólo pido a Dios que nos ames a todos de la misma manera que todos te queremos.

»Recibe muchos abrazos de tu esposa

María».

Mateo Cladera Palmer

A C T E O N

POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

TOMÁBAMOS café en el saloncillo, acariciados por los besos suaves de la brisa que, impregnada de aromas, se filtraba por las tendidas persianas, después de haber rizado los cristales del mar y de haber robado sus perfumes a las florecillas del bosque. Humeaban los selectos vegueros; y el viejo coñac temblaba en las frágiles copitas, como topacios orlados de diamantes.

La comida—el almuerzo según la clasificación francesa—había sido opípara y exquisita. El «jefe» había sido felicitado y obligado «a dar la vuelta al ruedo». Una vez más se acreditó de cocinero expertísimo; un verdadero artista, maestro en el arte difícil de «recoquinaria» caro a Montañó: «el que asó la manteca», el cocinero absurdo que no empleó en su vida las patatas..., vayan ustedes a saber por qué. Acaso porque ellas eran aún cosas «del otro mundo»... Casi, casi como ahora acontece.

Hombres solos, un puñado de amigos, nos habíamos reunido aquel día a comer, para celebrar el triunfo definitivo, resonante, de un querido camarada. ...Y un imprudente—quizás un iluminado—vino a aguarnos la fiesta, trayéndonos como un postre más la funesta noticia: Rafael Montes Claros había muerto en América, trágicamente, horriblemente, desconsoladoramente... Un revólver que examinaba... Una

imprudencia probable... Una desventura cierta...

Por esto en el encantador saloncito japonés, sumido en grata penumbra, mientras el café se enfriaba en las tazas, el coñac brillaba en las copas y los azulinos humos de los cigarros dibujaban en el espacio inquietantes interrogaciones, todos nosotros permanecíamos en silencio, acallados, quizás por el pavoroso roce sobre nuestras frentes de las alas de la Inesperada, de la Segadora, de la Inevitable... De la Muerte, que pasa... que acababa de pasar sobre nosotros y por entre nosotros, envuelta en el sudario sutil de una mala noticia.

Rafaelito Montes Claros!... ¡Qué dolor de chico!... Se torció, se empozó, se hundió en el vicio... En aquel su vicio absorbente, dominante, artera gonzúa de oro, que le habría las puertas del infierno, que él llamaba su «Paraíso artificial»; del insano placer del juego, sostenedor de su vida fastuosa y aturdida... Hasta que se arruinó, hasta que se envileció, hasta que se colocó al margen de la sociedad y al alcance del Código... Hasta que perdió la vida ¡Pobre Montes Claros!...

Reguera, el literato, rompió el silencio con una sola palabra, que sonó en nuestros oídos como el disparo de un arma de fuego... De «otra» arma de fuego.

Reguera dijo:

—¡Acteón!...

Sólo esto: ¡Acteón!... Y todos clavamos en el escritor insigne nuestras miradas, con muda súplica de claras explicaciones.

Y Reguera, abstraído, un tantico petulante, un poquitín «poniendo cátedra», se expresó en estos términos:

—«¡Bello es el mito de Acteón!... Bello, como todos los áureos mitos de las viejas Paganías; creaciones prodigiosas de poetas altísimos, siquiera ellas sean a las veces sencillas como las violetas de la montaña; humildes pastores, ellos, saturados de lumbres de sol, de rayos de luna, de noches estrelladas, de mares y de bosques... Balbuceos de la humanidad, extraña al pueblo elegido; tanteos en las tinieblas; previsiones fugaces de algo inmanente y cierto; ansias insaciables; anhelos vivísimos de perduración, de prolongar hasta el infinito lo que siendo immortal, aparecía truncado, roto y fenecido en esta vida efímera y pasajera... «Hambre» de Dios, que sólo Dios, «un Dios», entregándose entero al hombre, podía satisfacer y apagar; ceguera sólo curable con los rayos de luz deslumbradora de la Verdadera Luz, antorcha del mundo; lazos religadores que anunciaban ya en todos los pueblos, a través de todas las edades y en la mente de todos los hombres, el Lazo religioso que sangró en la Cruz y que volvió a unir a la criatura con el Creador, en unión perdurable, íntima, indestructible; convirtiendo en cerrado anillo de oro la parábola de hierro que se abrió en el Edén, el día de la caída, en el que los acíbares del

gran pecado fueron endulzados por las mieles de la Gran Promesa.

¡Bello es el mito de Acteón! Bello y simbólico, hasta emular la grandiosa sencillez de las parábolas evangélicas: alcázares fabricados con rayos de luna, con rumores de brisas y con perfumes de flores...

Acteón, hijo de Aristeo y nieto de Cadmo, era un cazador formidable. Joven y apuesto, recio y ágil, osado y valiente, de hermosura apolínea, de audacias de héroe, de energías de semidiós. Acteón, más que a su lanza y a su égida, más que a sus flechas, jarras y venablos—sus armas vencedoras—amaba a sus perros: a la inquieta jauría de sus feroces canes, como saetas veloces, de encarnizados ojos, de remos acorados, de belfos espumosos y de colmillos agudos... A la jauría ladradora, cuyos latidos, terror de la selva, eran sonoros como clangor de clarín guerrero, que incita a la pelea con su alarido de oro... Acteón amaba a sus perros sus compañeros, sus cómplices, a los que hubiera sido capaz de alimentar—como Rey Soto a sus lebreles—con cruentos colgajos de sus propias carnes...

Un día, un estuoso día de fuego, en el que ardían el sol y los cielos y los aires, abrasados por los urentes soplos de la canícula, Acteón rodeado de sus alanos, salió de caza.

Era el bosque un oasis; plata el río. Por los aromáticos laureles caros a Apolo, trepaban los rosales prendiendo en las obscuras esmeraldas rubíes cruentos.

Arrullaban las tórtolas; y el melífluo malvís desgranaba las perlas de

sus trinos, dulces como silbos de una argentina flauta...

De pronto los canes de Acteón, dando al aire la húmeda nariz, ventearon. Paralizáronse hasta parecer fundidos en bronce o tallados en alabastro... Hopearon... ¡Caza!

Acteón requirió sus venablos; miró, escudriñó, tanteó cauteloso la espesura... y, a través de las rosas y de los laureles, embelleciendo el paisaje con la explosión de su inefable hermosura, Diana, surgiendo de la argentería de las aguas, apareció en la orilla del río, velando su casta desnudez con la clámide de oro de su cabellera.

Imprudente Acteón se delató con un alarido; y salvando el florido tapiz que lo ocultaba se presentó ante la diosa, rodeado de su jauría; de aquella jauría ferina, amenazadora y tremenda con la que el impulsivo cazador atemorizaba el bosque; de sus fieles amigos, de sus siervos obedientes, satisfactores de su pasión dominante...

Mas ¡ay!, que irritada y ofendida la diosa cazadora, castigó la audacia del

osado; y arrojando sobre él toda la violencia de sus iras y todo el peso de su poder, lo transformó en ciervo.

Y al realizarse la metamórfosis, el viejo mito se elevó a las cumbres del simbolismo... Acteón, trocados en timidez su arrojo; en terror su valentía y su acometividad en espanto; convertidos en encarnizados enemigos sus amigos leales, huyó veloz, a guarecerse en la espesura... Pero sus perros, sus propios perros, enardecidos en presencia de la inesperada pieza que huía, precipitáronse veloces como el rayo, en pos del ciervo fugitivo, enloqueciéndolo con sus ladridos, alcanzándolo, sujetándolo, destrozándolo con sus uñas y con sus dientes...

Acteón fué devorado por sus perros...

Montes Claros lo ha sido por sus vicios...

«¡Bello es el mito de Acteón...!»

Calló nuestro amigo.

Callamos todos...

Vicente Diez de Tejada

LA HORA DE JUAN

POR MARIA SEPÚLVEDA

I

TOLOS decían en el pueblo que Juan tenía dinero y aunque nadie se lo había visto nunca, parecía lógico que así fuese, ya que vivía miserablemente y a alguna parte habían de ir las rentas que, con gran exactitud, exigía a los que tenían en arriendo sus «tierrecillas», como él las llamaba, aunque ni por el número de fanegas, ni por lo fértiles, les cuadraba bien el diminutivo.

Juan había sido raro de niño, de mayor, y seguía siéndolo ahora que era ya «maduro».

—Nunca se le veía *de jugar* con los otros chicos—decía su prima la tía Nemesia, que era la que ponía paño de púlpito, en el corro de comadres que, a la tarde, después de terminadas las faenas caseras, se reunía en la plazoleta de la Iglesia—más golpes le *tié daos* su madre por ello... y después ya de mozo, bien lo saben en el pueblo *tós*, no había *pa* él ni mozas, ni bailes, ni *ná* más que estarse *to* el santo día de Dios trabajando o tumbao en el campo durmiendo. Así aquí nadie le *tié ley*, ni *afezto*; como él no es *pa* ninguno del pueblo, pues ninguno es *pa* él.

Juan vivía solo desde que se quedó sin padres, y como había rechazado la oferta que le hizo su prima Nemesia de «aviarle la casa y el cocido,» ofen-

dida ella no volvió a cruzar el umbral de su puerta, ni se supo nunca que lo cruzase otro que Venancio el estanquero, único amigo que Juan tenía en el pueblo, aunque no muy íntimo tampoco.

Venancio era hombre de muy pocas palabras y quizá por eso se entendía con Juan, por que Juan era raro el día que pronunciaba más de media docena seguidas.

—No sé como *pues* ser amigo de ese hombre—decía al estanquero su mujer con mucha frecuencia—sobre que es un animal, no *tie* sentimientos ni corazón. A la tía Jesusa que le fué el otro día llorando porque no *pue* la mujer pagarle *toa* la renta, la echó con cajas destemplás... y ya ves cuando dimos *tos* los del pueblo *pa* pagarle el viaje al pobre del tío Sabas, como Juan no dió ni un perro chico. No *tie* corazón, ni sentimientos... es un animal.

El estanquero oía a su mujer como quien oye llover. Juan era uno de sus mejores parroquianos, le daba de vez en cuando una copita de aguardiente cuando iba a verle y a él todo lo demás le tenía sin cuidado. Sobre que veinte años y pico de matrimonio con una mujer que hablaba por los codos, le habían dado una marcada preferencia por las personas calladas, muy calladas.

II

Frente a la casa de Juan establecieron su hogar unos pobres pastores que habían llegado al pueblo cierta helada tarde de invierno, buscando colocación, teniendo la fortuna de hallarla, pues el tío Marcos, uno de los ricachos de la aldea, necesitaba gente para sus rebaños, y ajustó al hombre por la comida y casa.

Miserable tugurio era esta; un pobre pajar destartado, abierto a todos los vientos que penetraban en él por las grietas del muro y por los boquetes del techo, pero «el pastor» y «la pastora», como se les llamaba siempre, parecieron muy satisfechos del alojamiento y de la mísera soldada.

Juan a quien molestó bastante al principio el tener vecinos, se asombraba de verlos siempre alegres, risueños, y hasta parecía reñirles por aquella sinrazón, cuando contestaba con un sordo gruñido a los joviales y afectuosos «buenos días», o «buenas noches nos dé Dios», del pastor y de su mujer, que parecían muy dispuestos a entablar amistad con él.

Claro está que Juan los rechazó, como rechazaba a todos, y que no se dejó abordar ni un solo día, pero como aunque no quisiera, tenía por fuerza que estar viendo a sus vecinos a todas horas, acabó por acostumbrarse a ellos y aunque no pasó nunca de contestarles si algo le preguntaban, y eso lacónicamente, alguna vez dijo a Venancio:

—Esos de ahí frente, siempre riendo; y no *tien* sobre qué caerse muertos. *Paecen* tontos.

III

Al año de vivir en el pajar del tío Macario, les nació a los pastores un niño, rubio y blanco como si viniera destinado a un palacio de príncipes.

Este acontecimiento fué causa de que la pastora estuviese más radiante que nunca, y el pastor más jovial, pero también lo fué de que Juan maldijese de la inoportuna vecindad.

No había podido soportar nunca a los «críos» y ahora tuvo que oír berrear al de la pastora, y que aguantar los gritos de entusiasmo con que la madre celebraba las gracias del mocoso, cuando éste fué creciendo.

Hubo más.

Algún día llegó el pequeño a acercarse incauto al cubil de la fiera, y a tirarle de las uñas, subiéndosele en las rodillas, para ver de cerca la pipa de la que salía *aquello* que a él le llamaba la atención.

—Echeme *pa acá* al chico, si le estorba, señor Juan—le gritaba desde la ventana la pastora, pero no resultaba fácil eso de echarle, y Juan tuvo que resolverse a prescindir de él y a dejarle corretear de aquí para allá delante de su puerta, hacia la cual se sentía indudablemente atraído «el pastorcín».

Cuando se le agotaba la paciencia, lo que hacía era meterse en casa y cerrar la puerta, pero allá fuera oía las risas del niño, su parlucheo infantil, y eso le molestaba.

IV

La epidemia gripal hizo verdaderos estragos en el pueblo, cubriendo de

luto muchos hogares, y acobardando a todos los vecinos, que veían la impotencia del médico para atajar los pasos «del mal que anda».

Implacable se llevó éste al otro mundo, con diferencia de días, al pastor y a la pastora, que vivían tan dichosos en el ruinoso pajar del tío Macario.

La tarde que murió la pastora, fué Venancio a ver a Juan y los dos comentaron brevemente la tragedia.

—Otra que cayó—dijo estoico Venancio.

—Malo va esto—observó Juan.

—Y lo que dice el Alcalde; que habrá que mandar al chico al Hospicio... Es pequeño aún *pa* trabajar, no vale *pa ná*.

Juan, no contestó a aquel «discurso» de Venancio. Estaba sentado a la puerta de su casa, y fijó la vista en la de enfrente, que de nuevo estaba cerrada

y silenciosa, como él había deseado tantas veces verla.

Ya no tendría que molestarse en contestar a sus vecinos, ni le importunarían los cantos de la mujer ni las risas del niño... que no valía *pa ná*.

La vida, con sus amores y sus alegrías, había anidado unos años cerca de él, y desaparecido luego brusca-mente.

Mas no del todo, no; quedaba allí algo de ella pidiendo compasión, caridad; algo que hizo que sonase por fin para Juan *su hora*, la del corazón...

.

El Alcalde se quedó con la boca abierta, y dudando de si estaría en sus cabales, cuando Juan, con ademán hosco y voz enronquecida, le dijo:

—Del chico ese de los pastores me hago cargo yo...

María Sepúlveda

DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

JURISPRUDENCIA INFANTIL

POR CONSTANTINO CABAL

En las aldeas de Asturias, al niño se le enseñan formulillas que le dicen sus derechos y le entretienen sus horas. Cuando halla alguna cosa, verbigracia, se le enseña que debe pregonar:

—Quien perdió lo que yo topé,
un escayu por un pie,
si lo digo siete veces,
para mí lo guardaré...

Y lo dice, en efecto, siete veces, y si no aparece el amo antes de acabar la séptima, considera la cosa como suya. Cuando le dan un objeto y luego se lo reclaman, la respuesta del niño dice así:

—Santa Rita,
lo que se da no se quita...

Y asegura el derecho del dador:

—San Andrés,
lo que se da devuelve otra vez...!

Los tratos entre los niños revisten especial solemnidad, y dialogan en ellos de este modo, señalando con el dedo a lo que nombran:

—Qué es esto?
—Tierra.
—Qué es eso?
—Cielo.
—Qué es esto?
—Diente.
—Qué es esto?
—Botón...
—Al que descambie que i revente el corazón...

Y otra formulilla dice:

—Pa onde va este pelín?...
—Pa la mar...
—Pa nunca más descambiar...!

Y soplan el pelín que se han quitado, y ya el trato no puede deshacerse. La formulilla varía; a veces se coge el pelo y se comienza este diálogo:

—A dónde van los pelos?
—A la mar.
—Y las cruces?
—Al cielo.
—Y los que descambian?
—Al infierno.

Y el que tiene el pelo, sopla.

—Ahora—dice—a buscalu...!

Y para deshacer todo negocio en que se procede así, habría que encontrar el pelo tomado como testigo. Y los niños dialogan de este modo cuando uno pide lo que el otro niega:

—A la manina tuerta
que Dios está en la puerta:
el que da al cielo va,
el que no al infierno irá...
Dame de ello...
Sabe a aquello.
Dame algo...
Sabe a caldo.
Dame la escapicia...
Sabe a tiricia...
El que no da la escapicia
va al lugar de la malicia,
y el diablo lo ha de llevar
cuando se vaya a enterrar.
A la puerta de la iglesia

ya le cortan la cabeza,
y a la puerta del llagar
se la acaban de quitar,
y con un palo de hierro
se la tiran al infierno...

Y esta es máxima de niños:

—El que escupe a los cristianos
bebe la sangre de todos los diablos...

Y cuando uno de Llanes come pan y
otro quiere una parte, dice así:

—Bilu-bilán,
zoquete de pan,
si no me das de ello,
revienta con ello...

Y si para jugar echan a suertes, y el
adivinar la suerte es acertar la mano
en que se esconde un pedacito de pan,
una chinita, un papel, el niño escupe
en su palma, alza la mano derecha, da
un golpe en la saliva con dos dedos, y
observa la dirección que toma la saliva
al escapar, diciéndole previamente:

—Cuspitina, dime la verdad,
que si no el diablo te llevará...

Y afirman ellos también:

—Tratu hechu,
nunca deshechu...!

Y cuando les prometen una cosa,
la reclaman de este modo:

—El que promete y no da,
al infierno irá,
y entre siete cadenas
allí arderá...

Y cuando se aprovechan de un lu-
gar que ocupó otro niño antes, si éste
lo pide, responden:

—El que fué a Sevilla
perdió la silla
el que fué a Gijón
perdió el sillón...

Y el otro replica así:

—El que fué y volvió silla encontró...

Y a modo de cartel de desafío, sue-
len lanzar el siguiente:

—Sale al campo, gocho blanco:
si eres hombre' sale acá:
si eres gochu, queda allá...!

C. Cabal

SALUTACIÓN

POR IGNACIA DE LARA DE C. D'ASSOY

¡Mallorca! ¡Mallorca! Arco iris esplendente
bajo la fastuosa lumbrerada solar,
eres bella y altiva, eres brava y sonriente,
eres... como la ofrenda que sobre su ara hirviente
presenta hacia la altura la patena del mar.

Del mar que en tu homenaje dice sus barcarolas
rimadas al acorde potente de sus olas,
o fieramente azota al recio acantilado
velando su despecho entre randas de brumas,
su despecho impotente de eterno enamorado
que por robar tus besos, extiende apasionado
playa adentro, incansable, la red de sus espumas.

¡Eres bella, Mallorca! Eres radiante y eres
electa por el cielo, la diosa del color,
que fundes a tu antojo y esparces como quieres
sobre la veste espléndida de tus campos en flor.

Hay en ellos recónditos lugares misteriosos
de gesto alucinante en sus contornos fieros,
y hay otros en los cuales, gentiles y graciosos,
con suavidad de abrazos se curvan los senderos.

Y hay en todas tus rutas una visión propicia
con el encanto mago de una fascinación,
¡Caminitos de gloria! bajo la azul caricia
del cielo, tenue y vago como una aparición.

En unas horas triunfas con porte soberano
y hay otras en que lloras una tristeza honda,
con latir de cencerros vagando por el llano
y con ritmos de trinos perdidos en la fronda.

¡No sé cuando más bella! Si cuando quedamente
duermes, con el desmayo de una renunciación,
o cuando vigorosa en el soleado ambiente
parece que te agitas con una vibración...
inquietante y profunda, dolorosa y potente,
con un latido humano, latido de pasiones, igual que un corazón.

¡Eres bella Mallorca! eres radiante y eres
electa por el cielo, la diosa del color
que fundes a tu antojo y esparces como quieres
sobre la veste espléndida de tus campos en flor.

Tal vez porque eres diosa, a tu alto mandamiento
para forjar la varia visión de tus colores,
unas hadas sutiles se agitan en el viento
plegando y desplegando sus túnicas de flores.

Por ello, como ofrenda de magna pleteisía
la fiesta del ocaso, dijérase en tu honor,
cuando canta la estrofa crepuscular del día,
en un himno de gloria, la gloria del color.

¡Encantos vespérales que sois indescriptibles!
¡crepúsculos de llamas! de nácar, de topacio...
tal como si unos brujos pinceles invisibles
veleidosos y raudos signaran el espacio!

¡Crepúsculos de sangre! Bravura de poniente
incendiado en la altiva fulguración solar,
chocar de resplandores que dejan fieramente
como una arteria herida sangrando sobre el mar.

Porque del sol tú eres la eterna prometida
magnífica de encantos, que así lo quiso Dios,
en fuego de rubores te quedas encendida
después que ya ha finado la ardiente despedida,
la oferta del retorno y el prolongado adiós.

¡Mallorca! ¡Mallorca! arco iris esplendente
bajo la fastuosa lumbrerada solar,
eres bella y altiva, eres brava y sonriente,
eres... ¡como la ofrenda que sobre su ara hirviente
presenta hacia la altura la patena del mar!

Ignacia de Lara de C. D'asoy

(Del libro de poesías «Para el perdón y para el olvido»)

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONCLUSIÓN)

La calavera que desde su nicho, en la peana de la cruz de la calle de los cipreses, habla a todos los que con ella se enfrentan, en el lenguaje crudo y descarnado, verdadero y eterno, de sus versos, hoy se dirige al Rey de España, al poderoso Señor, heredero de todas las grandezas históricas de sus predecesores; al preclaro Jefe, ante quien rinden vasallaje veinte millones de personas; al hombre joven, arrogante, que vive entre riquezas y suntuosidades, y a cuyo paso por las ciudades de la Nación, resuenan músicas, y se alinean las tropas, y se oyen las aclamaciones, los vitores de la multitud que le contempla.

¿Qué ráfaga de recuerdos ha pasado por las regias pupilas, fijas y penetrantes?

La figura gigantesca de Carlos V, Emperador de dos Mundos, se ha empequeñecido, obscureciéndose y casi borrándose, en la apoteosis de sus glorias. Allá está, viejo y achacoso, en el rincón de Yuste, viviendo como un monje más, entre los religiosos de aquel monasterio. El más grande de los Reyes de la tierra, ha huído del fausto y del brillo esplendente de la Corte, para retirarse a la soledad y al silencio, a la meditación de los negocios del alma.

Sigue Su Majestad viendo el eremitorio, y ya no se ha borrado de sus ojos y de su semblante la adustez de una incierta pesadumbre.

Frente al mirador se han colocado

unas mesas, y por un hotel de la ciudad se sirve la comida al Rey, a su séquito y a las autoridades y aristócratas cordobeses. Fulge la vajilla, al sol radiante de Andalucía. De los pinos, de los naranjos, de los romeros, de toda la vegetación espléndida de la sierra, surge una vaharada caliente y olorosa de vida y de salud. Y los pájaros y los chorros del agua, dan al ambiente música dulce y delicada.

Sabe Su Majestad la tradicional costumbre de la comida a los pobres en la portería de las Ermitas, y ha tenido el rasgo hermoso y caritativo, de ordenar que hoy se dé comida extraordinaria a los menesterosos, que comen de la misma comida del Rey. ¡Qué divino acento de fraternidad cristiana, el de la campanita vocinglera, que este día pregona a los aires la munificencia real!...

En los minutos de sobremesa, habla el Prelado de las visitas que Reyes y Personas reales han efectuado a este santo retiro.

Doña Isabel II y su esposo don Francisco de Asís, acompañados de sus hijos el Príncipe de Asturias y doña Isabel, estuvieron en las Ermitas el 16 de Septiembre de 1862.

En abril de 1877, subieron al retiro don Alfonso XII y la Infanta doña Isabel.

El 12 de Mayo de 1904, visitó las Ermitas don Alfonso XIII.

También hay memoria de la visita que hicieron a los ermitaños, en 1827,

don Carlos de Borbón y su esposa doña Francisca de Asís; los Duques de Montpensier, en 1860; la Emperatriz Eugenia, viuda de Napoleón III en 1876; y en el año 1886, la Infanta doña Paz y su esposo. De esta visita, se guarda el grato recuerdo de un bello cuadro, representando a la Fe, que para la iglesia de los ermitaños pintó doña Paz de Borbón.

Tras un breve rato de oración en la capilla, iba ya a marcharse Su Majestad, con las personalidades que le acompañaban, cuando a todos sorprendió la aparición del hermano Telesforo, inmóvil en el sillón que portaban otros dos ermitaños.

— Señor: el hermano Telesforo de Jesús María, el más antiguo de la Congregación, que deseaba saludar a Su Majestad— dijo el Hermano Mayor.

Impresionóse el Rey a la vista del anciano, y en los rostros de todos se adivinaban huellas de emoción. Era una escena de gran ternura y de profundo sentimiento. Seguramente el más sereno y risueño era el hermano Telesforo, que disfrutaba de aquellos instantes con júbilo de niño, y hablaba teniendo a todos pendientes de sus labios, respondiendo a las preguntas que se le hacían, y por su cuenta, alargando las contestaciones por caminos diferentes. ¿Quién se acordaba del protocolo, ante aquel viejecito casi centenario, resignado con todas las resignaciones, que esperaba a la muerte cara a cara, con la serenidad augusta de su rostro apostólico, donde los ojos brillaban inflamados de una celestial dulzura?

— Señor: aquí tiene a uno de sus soldados. *Por Mí reinan los Reyes*, dice

Dios. A El dirigimos todos los días oraciones, estos Ermitaños, para que sea feliz y duradero el reinado de Su Majestad, en España. ¡También con este pardo uniforme, sabemos servir a la Patria y al Rey, Señor!... A mí, aunque viejo, todavía me quedan fuerzas para empuñar la espada... — Y el hermano Telesforo, sacaba de entre la bocamanga del hábito un santo rosario, que no dejaba de la mano.

Se marchaba el Rey:

— Adiós, hermano Telesforo: Yo quiero que siga usted, con esa espada, defendiéndome...

— ¿Permite Su Majestad que le bese la mano?

— ¡Y un abrazo, también!...

¿De dónde sacó fuerzas el hermano Telesforo para incorporarse bizarramente y abrir sus brazos?... ¿Y dónde, dónde era posible hallar un cuadro tan conmovedor y sublime, en su maravillosa sencillez?... ¡El Rey, gallardo, distinguido, abrazaba al viejecito pobre, al Ermitaño humilde!...

Ya se cerró la puerta del eremitorio. El real cortejo, va ya por la carretera, hacia Córdoba, entre aclamaciones de la multitud.

— Señor, Dios mío: por Tí reinan los Reyes; haz que este Rey de España, joven y valeroso, experto y cristiano, lleve la Patria a nuevos días de gloria.

Han venido a mis labios estas palabras, ante la visión de la comitiva, que se aleja.

Y el eco de los vítores y de los aplausos, y el cascabeleo de los coches, y el brillante colorido del paisaje, y el horizonte dilatado hasta el infinito..., como un raudal de optimismo vigoroso ha

sacudido mis nervios, y ha bañado mi espíritu con vibrantes emociones.

X X I I

¡SEÑOR!... ¡Señor!... ¿Es verdad esto? ¿Puedo yo contar esto?... ¿No ha sido ni alucinación, ni desvarío, ni exaltación de la fantasía dislocada?... ¿De verdad no sueño?... ¡Señor! ¡Señor!... Gracias con toda mi gratitud por la limosna de divinidad que me habéis dado...

Tal vez sea una profanación dar cuenta de lo que me ha ocurrido. Acaso peque de vanidoso, narrando la verdad del caso. . Pero ¿es que puedo yo sujetar la pluma? ¿Es que soy yo capaz de apaciguar mis nervios, y poner reflexión y miramiento en mis ideas, que me empujan briosa, irrevocablemente, a transcribir lo que he visto y oído? .. ¿Soy yo quien manda en mí? ¿Tengo yo dominio sobre mi voluntad?... Todo esto que me ha pasado, lo que he sentido, puede permanecer oculto dentro de mis pensamientos?...

Necesito comunicarme con alguien, ansío desocupar mis impresiones profundísimas, en palabras sinceras... Si puedo, si tengo fuerzas para escribirlo, si mi imaginación cuenta con potencialidad bastante para escalar aquella cumbre de excelsitud soberana, y reflejar, en la medida de su pequeñez, el cuadro sorprendente y maravilloso ..

Tiembla la pluma en mi mano, sacudida por el maremagnum ingente del recuerdo conjunto... En mis ojos dura todavía, y no se va, no puede irse, no se desprenderá nunca de ellos, el poten-

tísimo fulgor que vieron, de la escena sobrenatural...

¡Señor! Después de aquellos instantes, después de haber yo vivido esa vida celestial en que me sumiste, levantándome tan alto que perdí el equilibrio de los sentidos materiales, y sólo mi alma se encumbró, en vuelo que Tú ayudaste, hasta el paraíso que me diste de regalo aquellos momentos venturosos... Después de haber yo gustado de aquellos gustos de gloria... ¿por qué de nuevo me dejaste aquí, apegado a la tierra, esclavo de las cosas materiales y groseras de este suelo, que ahora veo tal y como es de bajo y de mezquino, comparándolo con la inmaculada altura de que he disfrutado?...

Esta tarde, como otras muchas veces, fui yo a la cueva en que habitó el venerable hermano Francisco de Santa Ana. Con gran respeto, por la memoria del hermano, tan virtuoso y ejemplar, conservamos el huequecito este, que fué su refugio, el templo donde oraba casi de continuo, el lugar donde tantas mortificaciones sufrió, el altar santo que Jesucristo eligiera un día para asentar en él su divina imagen, corpórea y viva, por medio de un milagro, que ocurrió así, según se lee en la vida del venerable ermitaño, de la cual ya antes escribí, en estos apuntes:

Hallábase el hermano Francisco de Santa Ana, rezando muy devotamente, puesta el alma en deliquios ardorosos, pidiendo perdón a Jesucristo por tantos pecados como se cometen, meditando en la Pasión y Muerte redondora del Hombre-Dios. Y súbitamente, cuando con más fervor quería conpenetrarse de aquellos acerbos y agudísimos do-

lores humanos y divinos, cuando absor-
tos sus pensamientos y su corazón en
la memoria del drama soberano, ya no
pudo sujetar las lágrimas que le mana-
ban del profundísimo sufrimiento medi-
tado y compartido, toda la cueva se lle-
nó de resplandores de cielo, y vivo,
sangrante, con la Cruz a cuestas, con
la corona de espinas enclavada en las
sienes, con una soga al cuello, caído en
tierra, abrumado de todas las penas y
de todas las desventuras, Cristo se pre-
sentó al ermitaño, y le miró con los
ojos ya agotados de llanto, y fijó en él
su semblante de Mártir, donde se retra-
taban todos los posibles suplicios y to-
das las imaginables resignaciones: Cris-
to, camino del Calvario, apurando el
cáliz que no pudo pasar de El. Y ha-
bló, con desfallecimientos de agonía,
con trágicos acentos de infinita angus-
tia, con dulce clamor de inagotada man-
sedumbre...

—*Francisco: de esta manera me tra-
tan hoy los hombres...*

Para recordación perpetua de este
milagro, en la cueva donde se efectuó,
se halla colocada una imagen de Jesu-
cristo, en esa doliente actitud.

Y ante esa imagen rezaba yo esta tar-
de las pobres oraciones que me dicta-
ban mis remordimientos y mis contri-
ciones, cuando algo así como una lluvia
de luces esplendorosas cayó en la cue-
va, tal y como si dentro de ella, de
pronto, hubiera nacido el sol en una de
sus más bellas y poderosas amanecidas.
Y vi delante de mí mismo, cómo la ima-
gen de Cristo se hacía viva, con carne
verdadera en el cuerpo y con alma que
le movilizaba a todo El, convirtiéndole
en persona completa y visible, como

otra persona humana, pero con el aña-
dido colosal de su porte, de su belleza,
de su inconmensurable Majestad divina.
Ni aquella soga áspera y burda que le
pendía del cuello; ni aquella corona
punzante, hecha para la burla y escar-
nio, que llevaba bien sujeta a las sie-
nes; ni lo macilento y angustiado de su
semblante; ni lo manchado y roto de
sus vestiduras; ni la Cruz pesada, ago-
biadora, que tenía sobre el hombro, y
que le había hecho dar de bruces entre
las peñas del camino...: nada de esto
contribuía quitarle dignidad, ni respe-
to, ni sagrada realeza, a Cristo. Al con-
trario. Aquellas desgarraduras de la
piel y del vestido, aquellos intentos de
mofa, aquel peso del madero, aquel can-
sancio y ruina de la carne, exornada
con los rubies encendidos y gloriosos
de la Sangre de Dios, sacaban más al
exterior la soberana grandeza del Már-
tir de la Humanidad entera, y ponían
más de relieve el sacrificio, la humildad,
a pobreza, el perdón...: todas las virtu-
des excelsas que traía Jesús al mundo,
para enriquecerle y avalorarle con es-
tos dones que son traídos del Cielo...
Y Cristo, así presente, me habló con
unas palabras tan piadosas y tan dul-
ces, con una voz tan de cariño y de mi-
sericordia, que me arrancó el alma y se
la llevó prendida y suspensa de sus la-
bios divinos:

—*Francisco: porque te hiciste seme-
jante a Mí en el dolor, Yo te perdono y
te abro el cielo de mis brazos...*

Había desaparecido la escena trági-
ca y dolorosa. Jesús de Galilea, sonrien-
te, apuesto y gallardo, llenos de lumbre
de energía y amor sus ojos, venía ha-
cia mí, descendiendo de una montaña

de luz, y me abría sus brazos acogedores y paternales. Y ya no pude ver, y ya no pude oír nada. Embriagado, subyugado, aturdido, ciego de ceguera grata y alentadora, pasé unos momentos en que sentí todos los más grandes y hermosos sentimientos que pueden recrear el alma. Fué más que un sueño de todas las dichas y prosperidades juntas; fué más que un delirio de gustos, y de ternezas, y de cariciosas dulcedumbres del más encendido y puro amor. Más que todo lo imaginable, más que todo lo apetecible. Fué... morir en este mundo y despertar en un mundo nuevo, donde gracias y venturas infinitas acogieron al corazón en un lecho de gloria, dándole a gustar, sin hartura ni empalago, de goces que deben ser los celestiales, que de la misma Divinidad provienen... ¡Cristo, Amado mío: qué mieles las de tus labios, qué calor la de tu pecho, qué cárcel la de tus brazos, que me sujetaban a Ti!...

Es lógico y natural, que después de la fortísima impresión recibida, mi pobre cuerpo flaco y desmedrado, se resintiera y aflojase más aún. Del suelo tuvieron que recogerme dos hermanos, llevándome a la cama, y hasta medicamentos he tenido necesidad de emplear para volver a la casi normalidad de mi vida, y entrar en tino.

De todas maneras, ya no he podido seguir a la comunidad en los actos de costumbre, y aunque me he levantado y he salido fuera de la celda, y aquí estoy en el mirador, dentro de mí se quejan mis energías apagadas, y siento que los músculos se me agarrotan y que toda la interna máquina de mi organismo se atrofia y descompone. El corazón me

dice que poco tiempo he de vivir ya.

Porque se lo pedí muy de veras y como última gracia, el Hermano Mayor me ha permitido hoy que escriba el final de estos apuntes. El final, porque ya he narrado en ellos cuanto me propuse, y porque ya no me quedan fuerzas, ni en la mano ni en la cabeza, para seguir escribiendo.

Al dar el adiós definitivo a este montón de cuartillas, no puedo menos de sentir una tristeza grande y un vacío ancho y doloroso en el ánimo. Me despidió en ellas de mi vida: de mis luchas, de mis pasiones, de mis pecados y de mis penitencias . . . y también, de todas las personas a quien traté, a quien quise y a quien martiricé, con mis actos... ¡Qué desgarradora despedida esta, en vísperas de la muerte, que presiento!...

A muy pocos metros de mí, está nuestro cementerio, pequeño y humilde, a la vista de todos sus nichos enjalbegados, sin lápidas ni letreros, con igualdad verdadera... Uno de los nichos aparece abierto, esperando con su negra boca dilatada, la presa de un cadáver para devorarlo. Tengo la seguridad de que he de ser yo el próximo elegido. Acabo de ver ese nicho previsor, y ya me he hecho a la idea de que será el depositario mudo y elocuente, de mi acobardado cuerpo ruinoso.

No me ha causado impresión de pesadumbre y congoja, este pensamiento. Más bien lo he acariciado, reteniéndolo, como interpretador de esta ansia viva de quietud y de descanso eterno que poseo, y más desde que Dios quiso enviarme el consuelo inapreciable de su voz perdonadora.

Un deseo profundo me embarga en

estos que yo sé ya cortos días, últimos de mi existencia.

Quedar de mí un recuerdo que diga, después de mi muerte, algo que pueda servir de enseñanza a los que me conocieron... y a muchos que yo quiero dar cuenta de quién fui, para que aprendan y escarmienten, en mi vida, de lo que pudiera ser la suya propia, si por ciertos senderos encaminan sus pasos. Y el Señor, a quien tanto y tanto le debo, también me ha concedido esta última gracia. Aquí está realizado mi anhelo, en este rimerito de papel escrito, que cuando yo desaparezca del mundo, hará en el mundo su aparición, en forma de libro que pueda ser leído por todos.

¡Libro mío! Tú serás cauce largo y dilatado, que llevará las aguas de mis pensamientos, por donde Dios quiera guiarlas. Por medio de tí, mi alma, que pronto volará de la tierra, en ella seguirá viviendo, sosteniendo conversación con otras almas, metiéndose en coloquios íntimos, dentro de corazones, hermanos tal vez en la desventura y en el sufrimiento.

¡Que lloren muchos ojos, con las páginas que yo escribí, llorando!...

¡Que se estremezcan de pavor muchos ánimos doloridos, ante lo horrible de los acaecimientos que me sucedieron!... ¡Que recen muchos labios, piadosos y contritos, estas pobres oraciones mías, que yo recé con fervores de tribulación y humana desesperanza!...

Y tú, Córdoba: Ciudad gloriosa, que el Señor me puso delante en los momentos decisivos de mi vocación; ciudad que me hiciste soñar bellos sueños espirituales en la maravilla de tu Aljama, y en la noble severidad de tus calles

morunas, y en los paraísos, alegres de sol y de perfumes, de tus patios, y en la exuberante feracidad hermosa de tu sierra bravía... Córdoba: madre de genios, filósofos y teólogos, que en pocas palabras fundieron sabiduría de siglos y de bibliotecas; de artistas delicados y exquisitos que compusieron bellezas magas, embeleso y admiración del mundo; de guerreros que dilataban las lindes españolas con el fulgor de sus armas y la huella imborrable de las herraduras de sus caballos briosos: ardiente, rauda, veloz, apropiada ayuda de aquellos hombres, que necesitaban fijar su dominio, adonde se acabasen los horizontes que divisaran sus ambiciosas pupilas, llameantes de orgulloso poderío... Córdoba: anhelado solar de todos los antiguos pueblos que vinieron a España, y que tú subyugabas bajo los hechizos luminosos de tu cielo: en el crisol de tus atractivos de reina, fundistes toda la pujanza indómita de Arabia, para que brotase el milagro de un arte peregrino y una grandeza nueva, de seculares reflejos... Córdoba: cerebro de luz, corazón de piedra y de flores, templo de recias virilidades orantes, jardín perenne, huerto abundoso, fuente clara de armonía, altar sagrado, donde el esfuerzo fecundo, y la virtud austera, y la alegría sana, y la belleza ingente, se ofrenda todos los días a la madre Patria... ¡Adiós!... Alma de tu alma y refinada esencia de tus divinos anhelos, son estas Ermitas, Córdoba. De ti asciende a ellas el aroma de tus virtudes centenarias, y ellas—pebetero, incensario, fuego bendito de ofertorio a los cielos las suben, en espirales purísimos...

No puedo escribir ya, y no puedo dejar de escribir, todavía. En torno de mí, con relieve patente y vigoroso, toda mi vida se mueve, y vibra, y se extremece, sin cesar.

Me figuro en estos momentos que mi existencia es un árbol plantado en la llanura. Con jugo abundante y saludable, el árbol creció feraz y erguido, asegurando la maraña de sus raíces en el miazón del suelo, y dilatando, desde la base del tronco robusto, sus ramas vestidas de retoños, en una exuberancia de constante primavera. Cerca del árbol, señor de la llanura, un rosal pequeño y galano, irguió el varillaje espinoso y florido, de sus varetas. Tan bello era el rosal y tan frondoso, tan delicados eran los perfumes de sus corolas y tan llamativo su tono, que el árbol sintió deseos de atraérselo, y le brindó, para lecho de sus divinas rosas, el tapiz verde y lozano de su ramaje espléndido. Fascinado el rosal, entremezcló la fertilidad de sus tallos con la fertilidad del árbol. Y pasaron los días, y las rosas, que eran blancas, como la espuma de los puros regatos cristalinos, se tornaron rojas, de un rojo de sangre fresca, atemorizante y agotadora, como la que mana de las heridas guerreras. El árbol, monstruo de voracidad, absorbía las bellezas floridas, infiltrándolas su maleficio. Esquivo y sangrante, huyó de su engañador y verdugo, el cándido rosal. Y en la huída, dejóse tiernas varetas tronchadas, y extendida por el suelo, una lluvia doliente de sus fragantes flores marchitas.

Orgullosa y desafiante el árbol, quiso subir, subir muy alto, y ensanchar luego su ramaje de tal modo, que las

ramas se convirtieran en mortífero dosel del rosalito humilde, que había de perecer, si le faltaba el sol. Y logró su abasallador intento el poderoso enemigo. Pero con desventura tanta, que su picolla atrajo el rayo de los cielos, que convirtió en montón de ruinas todo el movable, sonoro y vivo edificio del árbol. Hendió el rayo el recio tronco, abriéndolo en canal, y rodaron por tierra las desgajadas ramas, los montones de hojas muertas.. Reliquia perdurable de la catástrofe, quedó en la llanura. Una de las desgajadas ramas cayó en la gran brecha abierta del tronco, de tal manera colocada, que el árbol, se hizo Cruz... Vinieron días de fuerte sol calcinante, y días de cruda borrasca aventadora, y las hojas muertas huyeron en remolino, y las tronchadas ramas secas, sirvieron para el fuego. Solo, apenas ya sin savia en sus raíces, con la huella perenne de su seno hendido por el rayo, convertido en Cruz piadosa, quedó el árbol que fué un tiempo señor de la llanura. En la base del tronco moribundo, como heridas abiertas, como estallados corazones, como fraternales manos misericordiosas que ensangretó el martirio, hay unas rosas, rojas, rojas como llamas inapagadas del fuego exterminador que de los cielos cayera... No sucumbió del todo, el rosal engañado y maltrecho. Vive ciñendo coronas de espinas con sus varetas abrazadas al tronco, y ofreciendo su color y su perfume a la Cruz del árbol, milagrosamente trasplantada a estas gloriosas cumbres de las Ermitas de Córdoba.

En esta tarde melancólica, de adioses y de despedidas, he recitado los sencios

llos y melodiosos versos de Grilo, popularizados en España entera, como los bellos romances legendarios:

«Hay en mi alegre sierra,
sobre las lomas,
unas casitas blancas
como palomas.
Les dan dulces esencias
los limoneros,
los verdes naranjales
y los romeros.

.....
Allí olvidan las almas
sus desengaños;
allí cantan y rezan
los ermitaños.
El agua que allí oculta
se precipita,
dicen los cordobeses
¡que está bendita!

.....
.....
Muy alta está la cumbre,
la cruz, muy alta;
¡para llegar al cielo,
cuán poco falta!»

He aplicado a mi existencia esta última estrofa. Sí, falta ya poco para llegar al cielo. Pronto serán aventadas totalmente las cenizas del árbol, y su espíritu volará de la tierra. ¡Este pedazo de tierra, santo y bendito, desde donde tan dilatado, tan bellamente azul se divisa el cielo de Andalucía, que me hace entrever, con los pobres ojos de la carne, el otro cielo divino, más hermoso,

más ancho, más puro, más lleno de luz que extasiará con sus esplendores la eternamente inapagable luz de mi alma.

Ermitas de Córdoba: retiro de penitencia y de oración, donde yo encerré mi vida, para engrandecerla y purificarla, aliviándola de todos los lastres humanos. Ermitas de Córdoba: hogar de mis días últimos, casa paterna a donde torné de las extraviadas vías de mis prodigalidades pecadoras. Ermitas de Córdoba: puerta de caridades y de bendiciones, peregrinación de verdades inmutables y eternas, oasis para el corazón sediento y dolorido, barquilla acogedora de naufragos, carabela de rutas soñadoras, torre secular, siempre a los cielos erguida, como una ofrenda, rezando la plegaria de tus campanitas vigilantes... ¡Adiós, Ermitas de Córdoba! Adiós os digo ya con la voz de mi alma, porque mis labios tiemblan sin poder pronunciar las palabras, que se ahogan en sollozo, y mi pluma no puede escribir más, porque le falta la ayuda y guía de los ojos: los ojos míos, tan cansados, tan agotados de llorar, y que ahora no saben terminar este manuscrito, más que arrasados en lágrimas ..

FIN DE «EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA»

Córdoba, día 3 de Febrero de 1925.

S. Ramos Almodóvar



C A S T I L L A

Estampas manchegas. = La Vendimia

SON transparentes, diáfanas, hialinas, las horas primeras de este día vendimiario que tiene brillanteces de estío y frescuras otoñales.

Desde el viñedo extensísimo que, bajo el palio azul vivo de este hermoso cielo manchego, se tiende por el llano cual inmesa paleta que contuviera la gama toda de los verdes, divísase el caserío ciudadano en la lontananza meridional, y sus enhiestas chimeneas fabriles, elevándose sobre la crestería de las techumbres, semejan los mástiles de una escuadra surta en algún mar de verdura y en derredor del faro del viejo campanario.

Hacia el Norte, una alameda que comienza a empalidecer extiende en el espacio la cresponada de su fronda, mientras a Poniente y Levante la perspectiva se limita por el ondulado trazado de las montañas, que aparecen envueltas en el tul sutilísimo y azulado de la distancia.

En el agro adviértese jocunda y evocadora la animación de la vendimia. Con el trinar alegre de las alondras, precursoras de la poesía del otoño, mézclanse las canciones campesinas, y

van las zagalas pintureras apartando el follaje de las cepas para coger el fruto que los nudosos sarmientos, rendidos y oferentes, presentan por doquiera.

De espuestas y capachos desbórdanse los racimos prietos de granos endrinos o dorados, rezumantes de líquido sabroso, a cuyos dulzores exquisitos acuden numerosos enjambres de abejas zumbadoras, ávidas de libar el incomparable néctar de la vid.

Adornados con pámpanos y florecillas silvestres, los vendimiadores y las vendimiadoras jóvenes evocan fiestas de paganía y escenas mitológicas, y sobre el terruño alfombrado de esmeraldinas hojas y al cobijo de las olivas frutecidas los idilios bucólicos se suceden, y corre por la llanura engalanada un tibio hálito de égloga.

A la hora del almuerzo los vendimiadores se reúnen en corros bajo las pompas de las olivas y, sentados al estilo oriental sobre la gleba, apuran su condumio, entre las chanzas intencionadas de los zagales y la sana alegría de las mozas, que lucen, prendidos junto a la carne morena de sus escotes, racimos de uvas céreas, como jugoso azahar simbólico de bravías virgindades.

Escúchanse gorjeos esponsalicios

entre la fronda olivarera y bajo el follaje de las cepas, y las parejas de mariposas policromadas se persiguen en alocados giros por doquiera, adquiriendo el paisaje tonalidades virgilianas que sugieren el recuerdo de las escenas pastoriles de la Edad de oro en la encantada Tebaida o en la feliz Arcadia.

Por los caminos y veredas la procesión rodante de la vendimia va conduciendo los frutos a la ciudad, y los pesados carruajes de labor, en hileras interminables, dejan sentir por todas partes el sonoro cascabeleo de sus bestias y el estridente rechinar de sus ruedas en volteo.

De vez en vez los bocinazos de algún camión-automóvil, rompiendo el marcado sabor arcaico del ambiente, pregonan por la carretera las nupcias fecundas del Progreso y la Agricultura, que inician una honda revolución en nuestros viejos sistemas de transporte.

Cuando los crujientes carruajes van acercándose a las paredes del poblado, una pintoresca turba de chiquillos desarrapados y traviesos los persigue insistentemente con sus gritos, demandando una donación de fruto o intentando sustraer éste entre las imprecaciones y latigazos de los gañanes conductores.

Ya en la ciudad—Valdepeñas, la histórica ciudad-madre del vino manchego—, se aspira el olor de la vendimia, la fragancia del mosto por todas partes.

Desde las calles, agitadas por el incesante ajetreo de carruajes, manchadas de pegajoso líquido y sembradas de granos de uva, se oye el mo-

norrítmico pataleo que en los lagares pobres, semejante a una danza pírrica, constituye la clásica pisa a chancla. Los pisadores, toscamente calzados y casi dando al aire su robusta musculatura, danzan su baile interminable sobre el fruto tendido en parva, y al compás de sus canciones ejecutan los hábiles trenzados de su chacoloteo, haciendo salpicar hasta el techo el líquido dorado o rojo de las uvas, que, bajo el pesado y tosco coturno, van quedando deshechas y trituradas.

En las modernas explotaciones vinícolas, es el incesante chisporroteo de los motores, el chirriar de mecánicos engranajes, el metálico tableteo de las prensas lo que se escucha, y los prietos racimos, jugosos y restallantes, desaparecen a montones por las fauces de las trituradoras, y el mosto corre a raudales por los atanores desde el lagar a la bodega, para ser depositado en las ventrudas tinajas donde millones y millones de seres microscópicos librarán la descomunal batalla de la fermentación y producirán el milagro del vino, alegrador y salutífero...

Desde la Cumbre

¡Sursum corda!... Elevad vuestros corazones y orientadlos hacia el culto de la Naturaleza libre y sana. Liberad un momento vuestras almas de las estrechas cárceles de la vida ciudadana, saturada de podredumbre moral y física, nido y vivero de las pasiones, que son como gusanos que roen incesantemente el espíritu y el cuerpo, destruyendo la felicidad y acortando la existencia...

Mirad hacia al campo, fuente de vida y de riqueza y cuna natural del género humano. Mirad hacia este campo manchego, entrañablemente nuestro, evocador de sublimes locuras, de sacrificios y heroismos; que está regado con el sudor y con la sangre de nuestra raza; que es pródigo y fecundo por el esfuerzo de nuestros padres; que es pleno de simbolismo religioso, con sus trigales, viñedos y olivares, cuyos frutos representan cuerpo y sangre y óleo uncional de la Divinidad...

Subid a la cumbre suave de un otero y entregad vuestro espíritu a la dulce caricia de esta alborada otoñal. Comulgad en la inefable belleza del portentoso cuadro que ofreceráse a vuestra vista y bañaos plenamente en el esplendor y magnificencia incomparables de la Naturaleza.

Ved... Allá en Oriente, bajo la inmensa bóveda azulada donde aun parpadea alguna estrella, el día se incorpora sobre su lecho de encendidas rosas y se viste con su impalpable manto de oro. La Naturaleza entera prepárase a recibirlo, engalanándose con sus más bellos colores y entonando, como una universal plegaria de vida y alegría, sus más puras canciones.

A lo lejos, la ciudad se despereza envuelta en la neblina de sus vapores, como en una túnica gris. En el enhiesto campanario de su vetusta iglesia las metálicas lenguas de la religión saludan jubilosas al nuevo día, mientras la industria y el progreso lo inciensen con las nubes de humo que salen de sus fábricas.

Las alondras mañaneras dejan sus nidos, elévanse en el aire y van des-

granando en la immaculada pureza del ambiente la melodía de sus trinos. Calzadas y senderos se animan en una visión eglógica y patriarcal y se oyen por todas partes rumor de esquilas y campanillas y canturias de campesinos y labriegos.

Bajo la falda del otero un labrador apareja su yunta con la coyunda, y con la punta buída de su arado romano va escribiendo sobre la tierra madurosa el viejo poema de la Agricultura, fecundadora y providente.

Más allá, unos pastores apacientan sus ganados en un liego y véense los blancos y negros corderillos ramonear y triscar alegremente, persiguiéndose en alocados saltos y cabriolas, entre el grave balar y monótono cencerreo de los corderos adalides y la destemplada voz de los mayores.

Unos álamos, en cuyas copas dan su concierto de trinos y gorjeos minúsculos cantores, trazan el curso de un riachuelo, cuyas plateadas aguas despiden ligero vapor y fúlgidos destellos bajo la cálida caricia del luminoso orto.

A lo largo del paisaje, salpicado de alegres alquerías y matizado del verde y oro de los patatares frondosos y de las viñas que se secan, tiéndese sumisa la carretera, ondulante y blanca como cinta geográfica que, saltando corrientes y tajando cumbres, enlaza unas con otras las ciudades y les transmite la vida regional.

Por la calzada polvorienta, muy lejos, van dibujándose—como figuritas de un belén—las siluetas de hombres y mujeres que, a pie o cabalgando sobre pequeños borriquitos, avanzan len-

tamente. Son los vendimiadores que acudieron a las fiestas de Baco desde muy diversos puntos de la región: desde las tierras pobladas de bosques madereros hasta las de entrañas carboníferas y ferruginosas.

Vienen cubiertos por el polvo de los caminos, curtidos por los rigores atmosféricos y curvados por el peso de su miseria y de sus desolaciones.

Un automóvil avanza raudo y magnífico hacia la población, dejando nubes de vapor y de polvo en la carretera y atronando el espacio con la potente sonoridad de su bocina. Su cruce con la astrosa caravana de los vendimiadores es como el encuentro de dos civilizaciones que nada tuvieran de común, que estuvieran separadas por siglos de distancia. Son, sin embargo, manifestaciones de una civilización misma, pero bastante injusta, bastante deficiente...

Un tren cruza la llanura, majestuoso e imponente, manchando la limpidez del cielo con su penacho de humo, que va desvaneciéndose poco a poco, dejando girones de niebla blanquecina.

La doble procesión de unos postes, que se prolonga hasta lo infinito, sostiene los caminos alámbricos por donde llegan la energía que ha de ser luz y la vibración que ha de ser palabra, idea...

Sobre uno de los hilos metálicos una pareja alada dice su idilio en apasionados trinos, calcándose las alas y esponjándose titilante...

Es el amor, que precedió y que sucederá a todas las civilizaciones de la tierra... Es el amor presidiendo la vida entera de la Naturaleza: la sucesión de

los días, el nacimiento de las plantas, las luchas de los hombres, el progreso de los conocimientos...

Emilio Cornejo Caminero

El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos

Al R. P. Julián Ruiz Núñez, O. S. B.

CUATRO días solamente duró la visita que V. R. hizo—en septiembre del 25—a la Virgen de la Oliva, de este pueblo; a quien ofrecísteis las primicias de vuestra oratoria, «de un grato sabor literario y artístico», que dijo la Prensa y yo no desmiento, pues tuve el placer de escucharos. En esos cuatro días nos separamos nada más las horas de comida y descanso: en esos cuatro días os entregué mis cordiales afectos, que, ya lo estáis viendo, no han menguado.

Amigos cariñosos de Burgos me enviaron hace poco un librito, del que el señor Huidobro, cronista de esta provincia, habló en un trabajo periodístico, con la competencia que él posee... La visita de este libro me trajo noticias de «vuestro» monasterio, por lo que agradecí doblemente el regalo que impaciente contemplé, primero su artística portada y después las bellas fotografías del final, antes de abrir la demás correspondencia: luego, con más espacio, he saboreado el galano estilo de su autor, el actual abad R. P. Luciano Serrano... «a ruegos de la prestigiosa editorial burgalesa «Hijos de Santiago Rodríguez», que desea ponerla en manos de eruditos, turistas, y aficionados al arte...»

Yo sé mucho de la obra patriótica de esta editorial: reciente está el regalo a Burgos de cientos de volúmenes para fundar una popular biblioteca, y no es menos meritoria esta de dar «a conocer el monasterio de Silos, unos de los más insignes de la provincia y acaso de toda España».

¿Cómo hacer una crítica literaria de tal libro?... ¡Ojalá supiera!... Si a lo menos pudiera expandir las emociones sentidas con su lectura...

No he estado en Silos; pero «he estado», con auxilio de los grabados, en aquella meseta castellana de «950 metros sobre el nivel del mar», contemplando el «aspecto majestuoso de aquellos montes», de «discreta vegetación», regada «de muchedumbres de arroyuelos», y asomándose a los silos o concavidades naturales...

«He visto» a Fernán González y al Cid, a los Reyes de Castilla, y sobre todo «he conocido» al pequeño Domingo el pastor; al «clérigo patrimonial al servicio del sacerdote de la parroquia, con el cual aprendió las primeras letras»..., su sed de estudios, su vocación... ..Comprendí la huída que hizo en alas de la gran devoción que poseía, y supe de la vida amplia y llena de religiosidad de aquel Santo que dió nombre al simple apelativo de Silos o San Sebastián de Silos».

Ante mi espíritu han desfilado las grandes peregrinaciones al Sepulcro del Santo, que «casi rivalizaba con Santiago de Compostela»... Las Visitas de Fernando el Santo, sus diplomas y pingües donaciones... Los cinco días de estancia del rey Sabio, su velación, ruego y milagros que con él

obró Santo Domingo, en tanto cumplió las palabras del salmista: «*Reges eos in virga férrea et tamquam vas figuli confringes eos*». (Los gobernarás con varas de hierro, y como a vaso de alfarero los quebrantarás).

He gozado cuando me describían el esplendor del monasterio y entristecido de sus luchas y necesidades... y la casi destrucción de tanta grandeza... Muy oportuna y en su punto se halla esta consideración—que corto por necesidad de reducir—del R. P. Luciano: «La desamortización decretada por Mendizábal fué un desacierto..., una malversación furiosa...; ...un huracán que deshace para siempre cuanto a su paso encuentra: la guerra de la Independencia no causó tantas ruinas... como Mendizábal; ...hizo desaparecer para siempre..., tesoros literarios..., que hoy serían un timbre de gloria y un elemento de trabajo de primer orden para los españoles.»

Ya tengo noticias de sus obispos, generales y ciento y pico de abades.

He paseado—con V. R. en el espíritu—por su claustro románico, y me he embelesado ante sus ocho grandes relieves, que representan otros tantos sucesos de nuestra Religión. Estuvimos arrodillados ante el Sepulcro del Santo y contemplado hemos las cadenas rotas: también «me empiné» hasta besar la gigantesca estatua de la Virgen de Marzo o de la Victoria... Después entramos en la hermosa biblioteca—¿como sería si tuviera todo lo que poseyó?—y me he acercado, no sin antes hacer la señal de la cruz, al rincón que el libro no cita y V. R. conoce... ¡al «infierno»!

Salimos al exterior del claustro, para despejarme un poco, y vi sus capiteles bellos, sus historiadas molduras, pechinas, canecillos, aticos, aletas, grecas, meandros, arabescos, cáireles, follos, trenzados, mosaicos... me mareé y al rededor de mí danzaban fustes y besamentas que subían, subían dejando lugar a cimborrios y cresterías... se puso todo al revés... perdí el conocimiento.

Repuesto al fin, cogido de la mano V. R., entramos de nuevo y el P. Luciano, con esa elocuencia singular y suya, nos va mostrando la cabeza de romana de artística factura, con la columna eucarística original y sola, diciéndonos que la chata nariz de la hermosa romana debióse a un golpe... ¿de algún malandrín?... El cáliz colosal, la rica patena... las arquetas y relicarios, la urna del Santo, la grandiosa custodia, la preciosa cruz de Alfonso el VIII... ¡Oh, querido y respetado P. Julián!... Con cuánto gusto iría en verdad, a engolfarme en aquel piélago y perder del todo el conocimiento de este barro inmundo para marearme con las espirituales volutas de aquellos símbolos eternos...

Poro «al pobre maestro rural» que, como sabéis, tiene ocho hijos a quienes mantener, no le es posible emplear su escaso haber en esas expansiones... por eso he agradecido tanto «El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos. Su Historia y Tesoro Artístico» por el R. P. Luciano Serrano, O. S. B., regalado a mí precisamente por la patriótica editorial que tan desinteresadamente contribuye a dar a conocer uno de los más insignes mo-

nasterios, tan visitado por turistas...

Antes de despedirme me voy a permitir hacerle un encargo para ese ilustre Abad, tomándole de un párrafo del erudito doctor don Luciano Huidobro, cronista de la provincia y autor de una extensa biografía del libro, publicada recientemente: «Las señoras... lamentan no poder ver su tesoro y los códices preciosos... ¿No podrían exhibirse al modo antiguo en los mismos claustros... habilitando para ello la oculta sala capitular?».

Como veis no adjetivo como merece al sabio Abad que os rige; pero mi admiración dice más que todo lo que mi torpeza pudiera dedicarle. Felicítele en mi nombre, y ya veis cuánto le estima su afmo. s. q. humildemente besa s. m.

Juan del Sol Collazos

Escóbados (Burgos) - Noviembre, 1926.

B A L E A R E S Y C A N A R I A S

Cómo vive la PAGESIA

DONDE con más amor, con más cariño, con más fe y religiosa unción se guardan lo netamente típico regional, la peculiar fisonomía, las tradicionales glorias del noble solar menorquín, es en la *Pagesia*. El hálito pútrido del modernismo renovador no ha contaminado aún con su virus a esos hombres de corazón esforzado y músculos de acero, que viven lejos de la ciudad, en la soledad de los campos inmensos, en brega eterna con la madre tierra, en un austero vivir, desazonado e inquieto.

En el rostro del *pagés*, ceñudo y hosco, en su sombría mirada hostil, en la revuelta, hirsuta pelambarrera, refleja todo su odio a lo moderno, todo su disgusto por lo que viene a turbar la paz bucólica que le rodea. Vive con placer ingénito su vida patriarcal: de cara al cielo, unas veces; mirándose en el paisaje abrupto de la costa Norte, azotado por la tramontanada, otras. Y por esto, es de ver cómo su fosco semblante es el espejo fiel de las escarpaduras ingentes y los ventisqueros ululantes y las parameras muertas y las agrias cúspides altivas que semejan desgarrar el firmamento azulino.

Nace en el *lloch*, porque sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, toda su ascendencia, labraron el mismo terruño, comieron del mismo pan, saciaron su sed de vivir y aspiraron a pleno pulmón, el mismo aire sano, purificador, tonificante de aquellos campos, de aquella tierra que antaño ofrecióles la miel de sus frutos, la sangre de sus venas, la vida de sus entrañas, para luego en una mañana incierta, robarles esta misma bendición y recibirles como guiñapos del dolor en sus fauces voraces. Vive, y al vivir, con la soledad por única compañera, su espíritu sólo con la Naturaleza dormida se expande, y es retraído hasta con sus propios familiares. Yo mismo, que no soy ningún despreocupado y en más de una ocasión he de hallarme cohibido, pude comprobar esto mismo al preguntar en mis excursiones campestres, a uno de esos rudos *misatjes*, por el *carrerany* más fácil y expédito para llegar a *Santa Galdana*; mirábame el gañán fijamente con sus grandes ojos oscuros y apenas si tartamudeaba alguna que otra palabra ininteligible, como si yo al dirigirle la palabra lo hiciera en un lenguaje desconocido.

Luego, cuando ya mayor, es la ayuda de los padres cuyos organismos se sienten cansados por el exceso de trabajo; y es él, entonces, el que dirige los trabajos del *lloch*.

Por la mañana, cuando aún desperézase soñoliento el padre Sol, señor de los buenos y de los malos, que al igual reparte la caricia enjoyante de sus rayos benéficos, el *pagés* salva el umbral de la casa y bajo la *porxada*, con la *pedra foguera* y la *esca*, enciende la pipa de *tabac de pota*, y hecha al aire las primeras volutas. *L'amu* pasea, entre satisfecho y pensativo, por el patio que abre los brazos de sus paredes blancas a la ilusión de la mañana riente, llena de gayas rosas de luz, de alegres gorjeos de pájaros, de blando mugir de vacas, de dulce balar de ternos recentales. El *misatje*, que se ha retardado en levantarse, saluda desde la puerta con su natural picardía, con su cazurro modo de ser:

—L'amu, Deu mus do un bon día
—Y salut que Deu mus dó.
—Si trubau que he fet grandía
cercau-ne un de milló.

Si en la alquería *es formatje*, toman los dos sendos vasos de *serigot*. Con la copla en los labios se dirigen luego al trabajo.

An es lloch que estic llugat
no hi falta menjá ni beure
peró hi falta llibertat
per poderte vení a veure.

Van al campo, a ese inmenso campo que dividen largos muros en tierras de barbecho y tierras de sembradío; van a ganar su pan, y roturan las glebas y humedecen con el sudor de sus frentes el terruño, que lo absorbe con avaricia. La moza de la alquería, con la cesta al brazo, llega ya avanzada la mañana y les trae el almuerzo. El sabroso queso que ellos fabrican es su mejor alimento. Advierte el mozo que es muy grande el pedazo que corta la chica, y se lo dice al oído:

No taïs gros de formatje
sinós l'amu mirará
y a sa madona dirá:
—No hem de mesté tal misatje.

Y vuelven luego al trabajo; y cantan nuevas coplas; y cantando y trabajando se pasa el día. Y a la noche, cuando el chorlito vaga en la oscuridad y aletean las *ratas-pinyadas* en rápidos zig-zás y desgrana el *mussol* sus gritos intermitentes, los colonos reúnen en torno a la *fuganya* en los nocturnos crudos del invierno, rezando devotamente el Santo Rosario y oyendo a continuación de labios de la abuela una de estas admirables *rondayes*; o salen al patio, en los calurosos de estío, cantando coplas y bailando el *fandango* al desgarrado son de las guitarras estridentes.

Así vive el labriego menorquín, rudo, eso sí, pero honrado, huraño, pero caballeroso, cándido, pero terne en lo que conoce, y tan enemigo del progreso y rutinario que, así trabajaban sus tatarabuelos así trabaja él; y es de ver cómo abre el surco con el arado romano, sólo ligeramente modificado. No sabe leer, no sabe escribir; y únicamente guarda y perpetúa, relatándolas luego a sus hijos, las leyendas y tradiciones en que se encierran preceptos morales y a veces profundos principios filosóficos, rudimentarias *faules*, todas ellas, que son el concepto extravagante que tiene del saber humano. Cree firmemente en la copla:

Es sebre no ocupa lloch,
i es poc sebre embarassa;
tant se pert per sebre massa
com per sebre massa poc.

Guarda con fervor sus fiestas tradicionales, y celebra con un lujo inusitado: las *Porquexades*, las *Mesurades*,

Pancaritat y las medievales fiestas de San Juan; merecedoras cada una de ellas de crónica especial en que se explique su significado, su belleza, su candidez simpática.

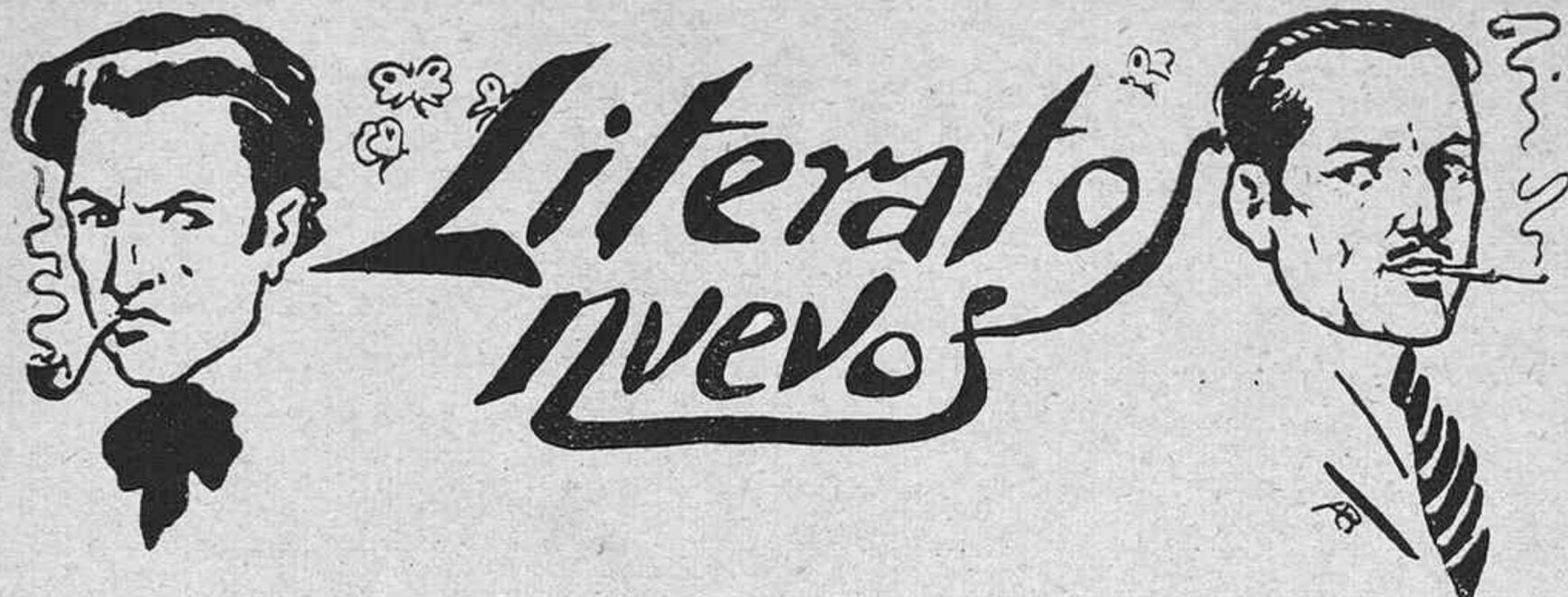
En la Ciudad—Ciudadela—sólo se conservan las fiestas de San Juan. El afán de progreso ha empujado, ha arrinconado nuestras gloriosas tradiciones y hasta las nobles casas infantonas, los vetustos palaciotos hidalgos, se ocultan avergonzados en las retorcidas callejuelas morunas, donde parece escucharse aún el acompasado son de los herrados cascos de los fogosos alazanes menorquines; en estas callejuelas sonoras que, en las noches sin luna, semejan el marco adecuado para uno de aquellos desafíos en que, bajo la luz parpadeante que alumbra la polvorienta imagen de la hornacina, se liaban a cintarazos, fijodalgos y caballeros, truhanes y farsantes, matones y espadachines, bergantes y follo-nes, por el amor sin amor de alguna estrafalaria moza de mancebía.

De ese tiempo que evocan todos los rincones de mi hidalga Ciudadela, no quedan más que unos imponentes carserones ennegrecidos por la pátina del tiempo, y unos heráldicos escudos de armas roídos por la humedad y la carcoma.

Lo que resta de típico, de tradicional, se refugia avergonzado en la *pagesía*; como avergonzadas se ocultan las casonas solariegas en las solitarias callejuelas evocadoras.

Andrés Casanovas Marqués

Ciudadela de Menorca; Octubre, 1926.



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 17

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

P I N A C O T E C A

Los empolvados lienzos de la pinacoteca,
do están representados mis abuelos y abuelas,
Sonríen con tristeza.

* * *

La estancia está dormida con profundo letargo
que nadie ha interrumpido en muchísimos años.

* * *

Y entre el polvo—que acaso el de sus cuerpos sea,
parece que sus almas transparentes alientan.

* * *

De pronto, entre las sombras apretadas y espesas,
ví que un mi abuelo abría la desdentada boca
y oí su voz cascada, trémula y melancólica
que decía a una abuela:

«También fuimos, Leonora,
como este que nos mira, jóvenes. ¿No te acuerdas?...

* * *

Calló... ¡Todos los lienzos sonríen con tristeza!...

Juan M. de las Heras

SOLDADESCAS

CANTARES NAVARROS

Vámonos, nuchachos,
vamos a la guerra:
listo está el vapor,
alta la marea.

Vámonos, muchachos,
vamos a embarcar,
que en la morería
nos aguardarán.

Mucha bulla en la estación
algazara y manoteos:
risas, de labios afuera,
penas, de labios adentro.

Las oraciones rezaban
las campanas en la torre;
pitó el tren... Sobre los campos
iba cerrando la noche.

Le dí un abrazo a mi madre:
al ir a abrazarla a ella
la moza se me plantó,
diciéndome:—Eso a la vuelta.

Estoy tan otro, forrado
de militar vestimenta
que ni me conozco yo
ni acaso me conocieras.

En la guerra te soy fiel
como en la paz fiel te era:
sólo por curiosidad
me he fijado en las rifeñas.

Dijo un moro, al intimarle
que entregara el armamento
presentando su mujer:
—¿Es lo mismo, caballeros?

Los requiebros que sabía
echarle yo a mi morena

se los echaré de allí
cuando esté de centinela.

Gracias a Dios. Ya de nuevo
de la guarnición salimos
y a los marroquíes vamos
a romperles el *bautismo*.

Beni Ahmed, Beni Zeyel,
Ketama, Ben Zerüal...
Cábilas que así se nombran
¿cómo se apellidarán?

Te he dirigido tres cartas:
dime si las recibiste;
que estoy muy triste, muy triste,
y de frialdades me hartas.

Que no lo sepa mi madre,
que no lo sepa mi novia:
estoy en el hospital
y tengo una pierna rota.

Cuando la acción al romper
grita un jefe: «Viva España»
hasta el cuerpo se me baña
de oleadas de placer.

Cantando jotas nació,
cantando vine a Melilla
cantando he de celebrar
la boda, chiquilla mía.

Nochebuena, Nochebuena,
Nochebuena del soldado:
el cuerpo en el campamento,
el alma fija en su blanco.

¡Ay la bandera española
—sangre y oro, ámbar y grana—
que alientos da en el combate
y al muerto le da mortaja!

Micaela Mutuberria

Tafalla (Navarra).

E X I L I O

B. S. T.

Calló la alondra... no se oía en el camino
 más que el acelerado ritmo del corazón;...
 claridades de aurora había en tu balcón;
 de tu huerto emanaba un perfume divino.

Llamé a tu puerta; trémulo vi cómo aparecías
 en el umbral... la gracia esplendía en tu frente...
 Y mi sed imploró el frescor de tu fuente
 y el bien de tu regazo mis jornadas baldías.

Y el alma, a tu mirada de piedad, quedó yerta...
 Adiós, dijiste; y me cerraste la puerta.
 Adiós, gemí... Ya solo, la vida enmudeció.

Y ateridos mis brazos se tendieron en vano
 implorando; fué estéril mi oración al arcano...
 quedó mi alma sola... nadie la confortó.

.

Sin tí mi vida es una desolación... la huella
 de mis pasos se pierde en la faz del desierto;
 y si sé que mi alma todavía no ha muerto
 es porque siento viva tu imagen dentro de ella.

Ya el corazón no siente la sed de los martirios...
 Todo murió... quebráronse pórfidos y alabastros;
 se apagaron las gemas, se apagaron los astros;
 secáronse las fuentes, se han secado los lirios.

Solo espero mi día... el alma liberada
 del exilio y del hado, volará a la morada
 donde es la luz eterna y es eterna la paz.

Allí te esperaré; para entonces te guardo
 de mi eterno cariño el milagroso nardo.
 ¡Era una flor del cielo!... Allí florecerá.

Juan Francisco Logroño

AUTUMNAL

VELUT UMBRA...

Pasaron veloces,
 cual las hojas llevadas del viento,
 se fueron los días
 tan gratos aquellos:
 de las vastas amenas campiñas;
 de los bosques y valles risueños,
 llenos de promesas
 y de amores llenos;
 de las bellas serenas mañanas,
 despertadas del sol por un beso;
 de aquellas endechas
 y de aquellos tan dulces arpegios,
 que al aire lanzaban
 ruiseñores parleros e inquietos;
 de quedos murmullos
 de manso arroyuelo;
 de innúmeras flores,
 por las auras mecidas del céfiro;
 de dulce poesía;
 de bellos ensueños;
 de tiernos encantos;
 de emociones que ensanchan el pecho;
 de armónicas notas,
 que formando sublime concierto,
 como nubes de incienso subían
 a las cumbres do mora el Eterno...
 ¡Pasaron!... y apenas
 hame de ellos quedado el recuerdo,
 que me traen sus huellas sombrías,
 cada vez que las miro y contemplo...
 Así de los hombres
 en el mundo observando un momento,
 primaveras yo he visto risueñas,
 paisajes de ensueños,
 que, dejando por huella una tumba
 o el paraje sombrío de un viejo,
 pasaron fugaces,
 ¡se alejaron... y ya no volvieron!...
 Que es el mundo admirable del hombre
 de aquel otro el mas vivo reflejo.

Daniel Ortiz



TROVA

Niña de los ojos negros
 como abismos insondables,
 de los que dicen las gentes
 que fascinan y que atraen
 de una manera insensible
 al confiado caminante
 que al borde ya del abismo
 por fin tambalea y cae...
 Igual son tus ojos, niña,
 negros como el azabache,
 oscuros como una noche
 en que la luna no sale...

Morenita de ojos negros
 y candoroso semblante,
 escúchame por favor,
 por aquello que más ames,
 pues va mi vida en que escuches
 mis apasionadas frases.

¡Cómo se me enciende el rostro,
 cómo me abraza la sangre
 cuando procuro decirte
 que has llegado a fascinarme!

No sé qué tienen tus ojos
 que me dan vida mirándome
 y me prometen dulzuras
 que no conozco, bondades
 que no he gustado en mi vida
 y que al fin habrás de darme.

Chavalilla de ojos negros,
 negros como el azabache;
 me han fascinado tus ojos
 como al pobre caminante
 le fascina el hondo abismo
 en el que, insensible, cae.

Niña de los ojos negros,
 que la luz pura y brillante
 de tus ojos brujos guíe
 a través del mundo infame
 el corazón dulce y tierno
 de este pobre caminante.

Fortum-Dat

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

-
- «Los humildes senderos.»
 - «La sangre de la Raza.»
 - «La Ciénaga.»
 - «Agua de turbión.»
 - «Fuente serena.»
-

De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

- Envío 1.º — *Enverada.*
» 2.º — *Excoscada.*
» 3.º — *Abatollada* (en prensa)

■
EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

**Papeles de Edición, Litografía
y de escribir**

**Dibujo, secante, pluma, barba,
pergamino y registro**

**Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana**

**Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —**

La Española

—
Talleres de Imprenta

■
Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

■
Librería, 28

Córdoba

